

Fraternidad

Julio 2026-Vol. 40 año 9

80 años de historia

Actual sede del Seminario Mayor de Bogotá, corazón de esta Arquidiócesis y obra emblemática a nivel arquitectónico, espiritual e histórico.





ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Fraternidad

Carrera 7ª n.º 10 – 20
Tel.: (+57) 6015803491 Ext.: 1096
Cel.: 3173549191

Revista de la Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones

Año 9 n.º 40

Issn: 2619-6352

Con autorización del arzobispo de Bogotá

DIRECTOR

Mauricio Urbina Villamil, pbro.

Correo electrónico: directorcomunicaciones@arqubogota.org.co

EDICIÓN Y FOTOGRAFÍA

Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones

PERIODISTAS

Diana Álvarez
Nicolás Ruiz
Doris Hernández

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Juanita Isaza
juanisaza@gmail.com

PUBLICIDAD Y CONTRAPORTADA

Johan Mendoza
comunicacionesgrafico@arqubogota.org.co

IMPRESIÓN

El Tiempo Casa Editorial

Distribución gratuita

Derechos reservados de la
Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones

ARQUIDIOCESIS EN REDES



@arquidiocesisbo

YouTube Arquidiócesis de Bogotá (oficial)

CONTENIDO

Editorial

Memoria agradecida
2

Notas arquidiocesanas

Vínculos de amistad y alegría por la vocación
3

“La fe se cultiva en la vida cotidiana”
12

Columnistas

Tadeo Albarracín, pbro.
La plegaria eucarística
17

Jesús Arroyave Restrepo, pbro.
La evangelización en el Camino Neocatecumenal
27

Breves Informativos

Una oración que acompaña la misión

Arquidiócesis fortalece su camino sinodal con
nuevo Consejo de Evangelización
8

Línea de la Esperanza: cinco años acompañando
la salud mental en Bogotá

Cardenal recibe condecoración honorífica - medalla
“Orden Chiguachía”
9

Desde la Cancillería

35

En imágenes

Parroquia Santa Beatriz



Detrás del Pastor

Visita pastoral a obra vicentina,
que transforma vidas desde hace 27 años

4



Iglesia en Colombia

Del servicio diplomático a
la cercanía pastoral:
la huella que deja
monseñor Rudelli

6

Movimientos laicales

Comunión y Liberación:
una propuesta de fe para el
hombre de hoy

10



Sistema Educativo de la Arquidiócesis de Bogotá

Educar en el cuidado
para sanar la
convivencia escolar

14



Conversaciones

Padre Jaime Mancera
Rector del Seminario
Mayor de Bogotá

18



Aportes para una historia de la actual sede del Seminario Conciliar de Bogotá

Martín Gil Plata, pbro.

21



Archivo Histórico Arquidiocesano

El alma escrita de la Arquidiócesis
Por: Claudia Patricia Romero Velásquez y Ramón García Piment

28



Parroquias

San José Gabriel Brochero

Un templo que nace del
corazón creyente de su gente

32



Publicaciones

La esperanza tiene rostro

34

Memoria Agradecida

¡Hemos llegado al volumen número 40! Y dos momentos conmemorativos se unen en esta edición: La acogida y posicionamiento de esta revista arquidiocesana, creada en 2017 por iniciativa de monseñor Rafael de Brigard y editada por la oficina arquidiocesana de comunicaciones.



Dirigida al clero arquidiocesano, la primera revista circuló en octubre de 2017.

Sea ocasión para manifestar, una vez más, gratitud con sus colaboradores y lectores.

De otra parte, los 80 años de historia que cumple la actual sede del Seminario Mayor, iniciativa llevada adelante por el Venerable arzobispo Ismael Perdomo, que nos llena de gozo y esperanza al volver la mirada hacia el lugar en el que transcurrieron los primeros años de formación y en el que recibimos las claves humanas, espirituales y teológicas para afrontar los desafíos que supone el desempeño de nuestro ministerio sacerdotal.

Este ejercicio de memoria agradecida, plasmado en estas páginas, nos permitirá reconocer la mano providente del Señor, quien no ha dejado de asistir a nuestra Arquidiócesis en la excelente formación de sus futuros ministros. Agradecimiento a los rectores, formadores y síndicos que a lo largo de estos 80 años han seguido sembrando con su dedicación y entrega la semilla del Evangelio en miles de jóvenes que se han preparado para el sacerdocio en la bella sede del Chicó. Estos apuntes especiales vienen enriquecidos por la visión del padre Jaime Mancera, rector actual del Seminario, quien en una conversación abierta nos muestra la importancia de la formación sacerdotal en la actualidad y los desafíos que ella presenta para el futuro.

Dentro de esta edición, también, se nos invita a observar el pasado de nuestra iglesia arquidiocesana, en hechos y personas cuyas obras e influencia continúan presentes entre nosotros. Así, damos una mirada al trabajo realizado en los últimos años en el archivo histórico arquidiocesano, memoria viva de la acción de la Iglesia católica tanto en la ciudad como en el país. Este detallado trabajo archivístico nos permite reconocer que nuestra acción evangelizadora actual se realiza sobre hombros de gigantes, hombres y mujeres de fe que nos han precedido, en medio de retos y esperanzas.

De las raíces del pasado, pasamos a los frutos actuales de la misión en la ciudad. Recorremos en estas páginas la obra de la Iglesia entre los más necesitados en el Centro Ambulatorio Medalla Milagrosa en el barrio Samper Mendoza, así como el informe sobre el simposio de la Diaconía de la Esperanza en el que se abordaron los desafíos actuales de las familias. Del mismo modo, tendremos la ocasión de conocer de cerca los contenidos del V Congreso de Convivencia Escolar, organizado por el SEAB, fundamentado en la cultura del cuidado. Leeremos también sobre la consagración del templo parroquial San José Gabriel Brochero, una obra fruto de la III Maratón Arquidiocesana del 2023.

Acompañamiento a los más vulnerables, propuestas para las familias, cuidado para los jóvenes, espacios dignos para el culto, son todos ejemplos de que la esperanza, sembrada por nuestros antepasados, genera el cultivo de la fe en obras evangelizadoras, propias del dinamismo del Camino Discipular Misionero.

Memoria con gratitud y presente con acción, hechos que plasmamos en esta edición para que juntos contemos a todos los pueblos las maravillas hechas por el Señor (Sal 96,3). 

Monseñor Mauricio Urbina Villamil

Director



Monseñor Mauricio Rueda Beltz

Vínculos de amistad y alegría por la vocación



Notas Arquidiocesanas

El nuncio apostólico en Costa de Marfil, monseñor Mauricio Rueda Beltz, estuvo en Colombia y fue invitado a acompañar al presbiterio de la Provincia Eclesiástica de Bogotá en un encuentro sacerdotal, en el marco de la Solemnidad de San José, el jueves 19 de marzo, en el Seminario Mayor.

Fue una ocasión para compartir momentos de fraternidad con sus hermanos presbíteros de la Arquidiócesis, especialmente con quienes compartieron su ordenación el 19 de diciembre de 1996.

“En la vida del sacerdote son importantes los vínculos con los hermanos en el ministerio. Entre ellos, los compañeros de promoción con los que se generan unos lazos de amistad muy fuertes; de alegría por esta vocación”, afirmó monseñor Mauricio Rueda.

Costa de Marfil: ejemplo de diálogo y cooperación interreligiosa

Respecto a su encargo pastoral como nuncio en Costa de Marfil, monseñor Rueda Beltz manifestó su admiración al encontrar fieles comprometidos con la Iglesia: “Ha sido una experiencia maravillosa el encontrar una Iglesia llena de esperanza y de vida: Seminarios, vocaciones por todas partes y sacerdotes muy entusiasmados con su misión evangelizadora. Y, sobre todo, encontrar un ejemplo de diálogo y de convivencia interreligiosa; ver cómo musulmanes y cristianos trabajan juntos, cómo se complementan en su trabajo social y el respeto mutuo que existe, esto me sorprende mucho”, enfatizó.

Monseñor Mauricio Rueda Beltz fue nombrado como representante diplomático de la Santa Sede el 16 de junio de 2023 por el papa Francisco. 

¡Damos gracias a Dios por su misión y servicio a la Iglesia en África occidental!

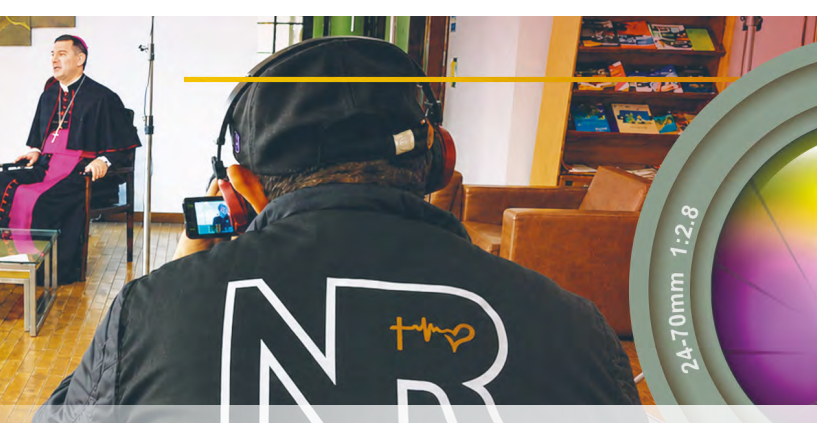


ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Noticiero Nuevo Rumbo de la Arquidiócesis de Bogotá, todas las noticias de la acción de la Iglesia Católica en la ciudad.



@Arquidiócesis de Bogotá oficial





Fraternidad, una revista para el clero de la Arquidiócesis de Bogotá - 3

Noticiero Nuevo Rumbo
ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ





Un cumpleaños entre los más necesitados

Visita pastoral a obra vicentina, que transforma vidas desde hace 27 años



En el barrio Samper Mendoza, en la localidad de Los Mártires, donde la ciudad suele pasar de largo, hay una puerta que siempre permanece abierta. Desde hace 27 años, el Centro Ambulatorio Medalla Milagrosa - Habitante de Calle acoge con dignidad, amor y misericordia a quienes han perdido casi todo, menos la posibilidad de volver a empezar.

Allí, en medio de rostros marcados por la intemperie y por duras pruebas de vida, llegó el cardenal Luis José Rueda Aparicio, en una salida misionera, que tuvo un doble sentido: la acción de gracias por su vida y ministerio y la ratificación de la opción preferencial de la Iglesia arquidiocesana por los más vulnerables.

“Celebrando la vida con aquellos más necesitados, uno piensa que va a llevarse algo, y realmente va es a recibir. Yo hoy todo el día he recibido un mensaje que me fortalece y anima en el servicio evangelizador”, expresó el cardenal, conmovido por lo vivido.

Obra vicentina articulada con las pastorales para el cuidado de la dignidad humana en la Arquidiócesis.



Donde el Evangelio se hace concreto

Este lugar no es solo un centro de atención: es una obra viva del carisma de san Vicente de Paúl y santa Luisa de Marillac. Bajo la guía de la religiosa vicentina sor Nohemí Sánchez, aquí se acompaña cada proceso con paciencia, profesionalismo y fe.

La atención comienza en la calle, allí donde muchos han sido olvidados, y se prolonga en un camino integral: alimentación, higiene, escucha espiritual, apoyo psicosocial y procesos de rehabilitación que, en algunos casos, terminan en el regreso a casa o en una nueva oportunidad de servicio.

“Tenemos un equipo interdisciplinario: pedagogía reeducativa, trabajo social, psicología. Algo muy importante es que algunos muchachos que han ido terminando su proceso han vuelto a sus hogares y otros están apoyándonos como operadores”, precisa sor Nohemí, con la serenidad de quien ha visto florecer la esperanza en medio de la fragilidad.

Mil gestos que reconstruyen la vida

Cada sábado, mientras la ciudad sigue su ritmo, aquí se preparan cerca de mil almuerzos. Voluntarios, religiosas, seminaristas y laicos —como el grupo “Alimentar Fe”— hacen posible que un plato de comida sea también un signo de dignidad. Pero no es solo el alimento. Es la ducha que devuelve

humanidad, la palabra que abraza, la escucha que reconstruye.

Vanessa lo resume con sencillez: “Recibo Palabra de Dios, alimento caliente, baño... pero aparte de eso, acá se encuentra un tiempo de comunión con Dios, de tranquilidad. Muy agradecida con el servicio Medalla Milagrosa”.

Carlos Marín, de 71 años, carga una historia de tres décadas de consumo. Hoy, su voz tiene otro tono: “Logré salir de esa problemática... y aquí encontré un espacio de relajación, de solidaridad, de ayuda mutua”.

Una Iglesia que articula y acompaña

Esta obra no camina sola, se suma a una red más amplia de cuidado y evangelización que impulsa la Arquidiócesis de Bogotá. El padre Jorge Arias explica esta articulación: “La pastoral de la calle del Centro Ambulatorio La Milagrosa se suma a los servicios de la Arquidiócesis... articulados en la pastoral del pueblo de Dios que habita la calle y el acompañamiento de las adicciones. Las hermanas vicentinas nos han enseñado mucho de este servicio, desde esa cercanía con los más vulnerables”.

Así, lo que ocurre en este centro no es un esfuerzo aislado, sino una expresión concreta de una Iglesia que coordina, escucha y responde de manera integral a las heridas de la ciudad. **F**



Puerta y Pastor

Hay una puerta en mi vida que me permite entrar y salir.

Esa puerta tiene rostro, tiene corazón y tiene voz. Tiene manos para acoger y tiene pies para caminar.

Esa puerta se llama Jesús, es puerta y pastor a la vez; es libertad y es amistad.

Se percató de mi extravío y me buscó sin descanso, como se busca al hijo perdido que andaba en la oscuridad.

Su luz rompió mis tinieblas. Y por ser mi puerta abierta, soñé con volver a la casa.

Por ser pastor que me busca, soñé con volver a la vida. Él se acercó a mis heridas como perfume de amistad, y me ungió con su perdón.

Esa puerta se llama Jesús, es puerta y pastor a la vez.

Es tu hijo, Virgen María, el pastor que nació en Belén.

Le enseñaste a curar con amor y a liberarnos con el perdón.

¡Gracias Virgen María, por darnos al Buen Pastor!

¡Gracias Virgen María, por traernos vida abundante!

¡Gracias Virgen María, por entregarnos al Salvador!

Amén.

+Luis José Rueda Aparicio
Arzobispo de Bogotá
26 de abril de 2026





Ariguaní, Magdalena

Del servicio diplomático a la cercanía pastoral: la huella que deja monseñor Rudelli

Durante casi tres años, monseñor Paolo Rudelli recorrió Colombia. Su misión como nuncio apostólico lo llevó a diócesis apartadas, comunidades marcadas por la violencia, encuentros con obispos, sacerdotes, religiosos y laicos que, según él mismo reconoció, terminaron transformando su propia mirada sobre la Iglesia y el país.

Ahora, tras ser nombrado sustituto de la Secretaría de Estado del Vaticano uno de los cargos más cercanos al Papa en el gobierno de la Iglesia universal, el diplomático vaticano se despidió de Colombia dejando un mensaje de gratitud y esperanza, sumado al llamado a la reconciliación.

En entrevista con *los medios de comunicación arquidiocesanos*, monseñor Rudelli hizo un balance de su paso por el país, habló sobre los desafíos de la Iglesia, la construcción de paz y el nuevo servicio que asumirá en Roma.

“Lo que más me ha enriquecido ha sido visitar las diócesis y ver la Iglesia que camina aquí en Colombia”, afirmó.

Más que una experiencia diplomática, describió su servicio en Colombia como un encuentro con una Iglesia viva y en movimiento. Incluso comparó lo vivido en estos años con una prolongación de los relatos bíblicos de las primeras comunidades cristianas: “Es como si el libro de los Hechos de los Apóstoles continuara. Están aquí en Colombia escribiendo páginas de ese libro”, expresó.

Una Iglesia presente en medio de las heridas del país

Durante la conversación, el nuncio saliente destacó el compromiso evangelizador de la Iglesia colombiana y la manera en que las comunidades han asumido procesos pastorales, misioneros y de acompañamiento social.

Junto a esa realidad, reconoció el impacto que le produjo encontrarse con territorios golpeados por la violencia y la pobreza, en los que “la Iglesia comparte la vida, siendo un testimonio de acompañamiento y esperanza”.

Fuerza Naval de la Orinoquía



En esta línea, precisó que uno de los principales desafíos de la Iglesia es evangelizar sin desconectarse de las heridas humanas y sociales.

“Con la paz todos podemos ganar”

Al referirse al anhelo del pueblo colombiano de reconciliación, unidad y paz, recordó el llamado del papa León a trabajar por una “paz desarmada y desarmante”. Insistió en que la reconciliación requiere tiempo, conversión y compromiso colectivo.

Recordó entonces las palabras pronunciadas por el papa Francisco durante su visita a Colombia en 2017: “Demos el primer paso”.

“No somos los buenos que convertimos a los malos. El pecado lo compartimos todos”, afirmó.

Desde esa visión, señaló que la Iglesia debe seguir acompañando procesos de diálogo, reconciliación y encuentro, especialmente en las regiones donde el conflicto sigue dejando consecuencias.

“Todos perdemos haciéndonos la guerra los unos a los otros. En cambio, con la paz todos podemos ganar”, dijo.

El nuevo encargo junto al Papa

Monseñor Rudelli sirve ahora como sustituto de la Secretaría de Estado, instancia encargada de acompañar al Santo Padre en el desarrollo cotidiano de su ministerio.

Su labor incluye el seguimiento de documentos, discursos, correspondencia, viajes apostólicos y la coordinación entre distintos organismos de la Curia Romana.

“La Secretaría de Estado es un poco la secretaría del Papa”, explicó.

En medio de un contexto internacional marcado por tensiones y conflictos, destacó además el papel del papa León como una voz de unidad y esperanza para la Iglesia y el mundo.

“El Papa interpreta hoy ese llamado a la unidad y a la paz”, aseguró.

Una despedida con acento de gratitud

En el cierre de la entrevista, monseñor Rudelli dejó un mensaje dirigido a los católicos colombianos y recordó especialmente a las comunidades que encontró durante sus viajes por el país.

“Mucha gente me ha impactado de verdad por su fe y por su entrega. (...) Quisiera animarlos a seguir unidos... Mientras más cerca estamos del Señor, más cerca estamos los unos de los otros”, expresó.

Y aunque su misión continuará ahora desde el Vaticano, dejó claro que Colombia ocupará un lugar especial en su memoria pastoral. 

*Fotografías tomadas de internet.

Ibagué, Tolima



Cúcuta, Norte de Santander



Hospital San Pedro, Bogotá



Pasto, Nariño



Puerto Carreño, Vichada



Una oración que acompaña la misión

Desde hace más de cuarenta años, en la Arquidiócesis de Bogotá las mamás de algunos sacerdotes se reúnen para orar por sus hijos y por las vocaciones sacerdotales. Con el pasar del tiempo, sus esposos se unieron a esta experiencia silenciosa, constante y profundamente fecunda, en la que también se apoyan en sus realidades humanas y espirituales.

Un espacio para compartir la vida

Más allá de la oración, estos encuentros son una oportunidad para compartir experiencias, alegrías y preocupaciones. Cada mamá y papá encuentra un espejo y un apoyo. Se escuchan, se comprenden y se sostienen.

En un ambiente fraterno, se fortalecen lazos de amistad que nacen de una experiencia común: haber acompañado el proceso vocacional de su hijo, haber vivido con él su discernimiento y haber aprendido a entregarlo con confianza a la misión de la Iglesia, integrando esta vocación dentro de la historia concreta de cada hogar.

Los encuentros, acompañados por el sacerdote Hernán Báez, se realizan el primer lunes de cada mes, de 9:00 de la mañana a 12:30 del mediodía, en la Casa de la Diaconía para la Esperanza (Carrera 13 #68-50 Chapinero, Bogotá). ■



Arquidiócesis fortalece su camino sinodal con nuevo Consejo de Evangelización



Este organismo de participación tiene como propósitos orientadores: leer y discernir, a la luz del Evangelio, las realidades sociales, culturales y eclesiales que interpelan a la misión en la capital colombiana. La iniciativa representa una forma concreta de vivir la sinodalidad (caminar juntos como Pueblo de Dios) mediante un espacio permanente de escucha, reflexión y propuesta pastoral que reúne a diversos actores de la vida eclesial, bajo el liderazgo del cardenal Luis José Rueda Aparicio, arzobispo de Bogotá y de la vicaría de evangelización, liderada por monseñor Daniel Delgado.

En el Consejo participan los obispos auxiliares, vicarios episcopales territoriales, representantes de las diaconías que animan el Camino Discipular Misionero, un representante del diaconado permanente y su esposa, vida religiosa, entre otros animadores de la evangelización que sirven a partir de diversos carismas.

En consonancia con el Código de Derecho Canónico (c. 511), que propone la creación de consejos pastorales en las diócesis para estudiar y valorar la acción pastoral, el nuevo Consejo de Evangelización (CAEV) se configura como un instrumento de acompañamiento y orientación para el arzobispo, ayudando a identificar prioridades y nuevos retos de la evangelización en la ciudad-región.

Además, permitirá visibilizar y compartir experiencias pastorales significativas que se desarrollan en comunidades, parroquias, arciprestazgos y vicarías, con el fin de fortalecer el dinamismo misionero y promover iniciativas que respondan a las realidades actuales de la sociedad. ■

Línea de la Esperanza: cinco años acompañando la salud mental en Bogotá



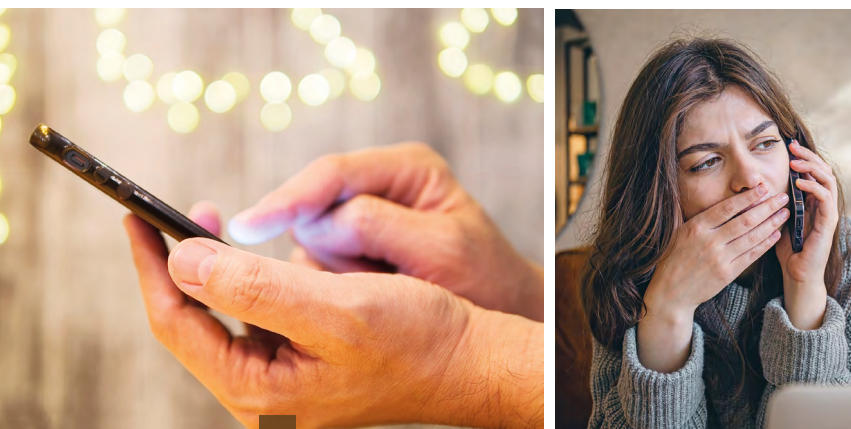
Este servicio de escucha humana, compasiva y misericordiosa que ofrece la Arquidiócesis, continúa fortaleciendo su compromiso con el cuidado integral de las personas.

Desde su creación en el 2021, como parte de la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral, ha brindado más de 8 mil atenciones, en realidades que afectan la salud mental como: duelo, dificultades familiares, problemas laborales, desesperanza o crisis emocionales, entre otras. “Velamos por la salud mental saliendo a las periferias existenciales y acogiendo la fragilidad humana”, explicó Yury Rojas, psicóloga clínica de la Línea de la Esperanza.

Trabajo en red y formación para familias

Además de la atención directa, se desarrollan procesos de formación en alianza con el sistema educativo arquidiocesano y la Unimonserate. Desde estos espacios, se promueve la pedagogía del cuidado y la construcción de entornos seguros. También tienen presencia en medios de comunicación como radio y televisión, donde brindan orientación psicológica y herramientas prácticas para la vida cotidiana. En estas plataformas, han alcanzado más de 22.000 personas.

Actualmente, el equipo está conformado por las psicólogas clínicas Alejandra Gutiérrez, Yuri Rojas y el director de la Línea, monseñor Ricardo Pulido. 



La Línea de la Esperanza funciona de lunes a viernes, de 7:00 a. m. a 7:00 p. m., a través de la línea telefónica 601 484 2094



Cardenal recibe condecoración honorífica - medalla “Orden Chiguachía”

En el marco de una visita pastoral al municipio de Choachí (Cundinamarca), con motivo de la Pascua, el cardenal Luis José Rueda Aparicio, arzobispo de Bogotá, fue exaltado por la administración municipal, en cabeza del alcalde Álvaro Pulido.

La condecoración fue otorgada como reconocimiento a su servicio comprometido con la paz, la justicia social y la conversión, desde un espíritu sinodal, se lee en el decreto, en el que también se agradece esta visita pastoral al municipio, “llenando de alegría y esperanza a nuestra comunidad”.

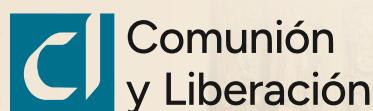
Sobre la alegría de compartir con su pastor, el padre Luis Alfonso Canedo Restrepo, párroco en San Miguel Arcángel precisó: “Su paso por nuestra parroquia fue un verdadero encuentro espiritual, en el que nos recordó la importancia de volver a lo esencial: el amor a Dios, la unidad como Iglesia y el compromiso con los más necesitados”. 

Comunión y Liberación:

Una propuesta de fe para el hombre de hoy

Por: Juan Sebastián Vargas, miembro del movimiento laical

El dinamismo de los movimientos laicales en la Arquidiócesis de Bogotá se enriquece con la presencia del Movimiento Eclesial Comunión y Liberación (CL), una comunidad de fieles que busca redescubrir la pertinencia de la fe ante las exigencias de la vida cotidiana. Con una fuerte impronta laical, este movimiento propone vivir el cristianismo no solo como un conjunto de normas o como una doctrina, sino como un acontecimiento vivo y presente que abraza todos los aspectos de la existencia humana.



Comunión
y Liberación



Monseñor
Luigi Giussani

Orígenes e identidad: El carisma del encuentro

El movimiento nació en Italia en 1954, cuando un joven sacerdote y teólogo, don Luigi Giussani, comenzó a dar clases de religión en el Liceo Berchet de Milán. Tras un encuentro casual con jóvenes en un tren, Giussani percibió que, aunque vivían en una sociedad formalmente católica, el cristianismo les resultaba ajeno a sus intereses reales. Su propuesta se centró en mostrar que Cristo es el centro del cosmos y de la historia, y que solo en la relación con Él el hombre puede encontrar la respuesta a su anhelo de felicidad y belleza.

El carisma de CL se fundamenta en el método del encuentro. Para sus miembros, la fe se comunica a través del testimonio de una vida cambiada por un encuentro real y razonable con Cristo a través de su Iglesia; es fundamental la experiencia de comunión como una amistad viva que hace cotidiana la memoria del acontecimiento de Cristo y que permite que la vida cambie hasta llegar a incidir, según tiempos y modos adecuados, en la sociedad. En 1982, la Fraternidad de Comunión y Liberación fue reconocida por la Santa Sede como una Asociación de derecho pontificio. Actualmente, el movimiento tiene presencia en más de 80 países en los cinco continentes.

El 14 de mayo de 2026 se culminó oficialmente la fase diocesana del proceso de beatificación del fundador del movimiento y siervo de Dios monseñor Luigi Giussani.

Misa de Aniversario del fallecimiento de monseñor Luigi Giussani y reconocimiento de la Fraternidad de Comunión y Liberación.



Presencia y consolidación en la Arquidiócesis de Bogotá

El movimiento llegó a Bogotá en 1991 a través del sacerdote italiano Carlo d'Imporzano. En Colombia, la comunidad más numerosa se encuentra en Bogotá, donde se ha consolidado como un punto de referencia esencial para el laicado.

Mantiene una relación de filial obediencia y colaboración con el dinamismo arquidiocesano. Históricamente, han tenido comunicación con el cardenal de Bogotá y las autoridades eclesásticas, participando activamente en la vida de la Iglesia local.

La presencia del movimiento en la capital se articula a través de diversas realidades:

Comunidad estable: Cuenta con aproximadamente 90 adultos que participan de forma estable en la Escuela de Comunidad, un momento de catequesis que se realiza en pequeños grupos donde se medita sobre un texto propuesto para educarse en una fe adulta y razonable. La comunidad de Bogotá se reúne mensualmente en una Asamblea de Escuela de Comunidad para compartir esta experiencia. La vida de la comunidad también está marcada por los retiros de Adviento y Cuaresma y dos momentos fundamentales en los que se reúnen todas las comunidades de Colombia: las vacaciones y los ejercicios espirituales de la Fraternidad.



Ejercicios anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación.



Via Crucis de la comunidad, Viernes Santo, barrio La Candelaria, Bogotá.

Vida Consagrada: La ciudad acoge a los integrantes de dos comunidades de laicos consagrados que viven la virginidad, la pobreza, la obediencia y la misión dentro del trabajo en los ambientes del mundo: dos casas de los Memores Domini (una femenina y una masculina) y varios integrantes de la Fraternidad San José.

Vida sacerdotal: Existe una estrecha relación con la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo, cuyos sacerdotes guían la parroquia de Las Aguas en Bogotá.

Las tres dimensiones de la fe

La fe de los miembros de CL se traduce en una creatividad que marca la vida de sus integrantes:

Cultura: para monseñor Luigi Giussani “La verdadera dimensión cultural cristiana se realiza confrontando la verdad de la persona de Cristo con nuestra vida en todas sus implicaciones”. Expresión de este planteamiento es la revista Huellas, la revista oficial del movimiento en lengua española. Además, el deseo de sus integrantes por reflexionar de manera constante temas fundamentales de la vida como el trabajo, la política, la educación, la literatura, la ciencia, la vida en familia.

Caridad: Los laicos se involucran en actividades caritativas en la parroquia de Las Aguas y en otros lugares de la ciudad. La “caritativa” se vive como un momento educativo para aprender de manera constante la “ley última del ser y de la vida, que es la caridad” (Luigi Giussani).

Misión: El compromiso en la sociedad es parte integral de la vida de la fe. Existen obras y empresas en Bogotá que han nacido y se sostienen gracias al ímpetu misionero generado por el movimiento. Varios integrantes de la comunidad de Bogotá también están comprometidos con labores educativas en colegios y universidades.

Vida de comunidad: ¿cómo participar?

El centro de la vida del movimiento es la Escuela de Comunidad. En Bogotá existen 7 grupos estables de Escuela de Comunidad, que incluyen grupos para universitarios (CLU), jóvenes trabajadores y adultos en general.

A este movimiento se puede sumar cualquier persona que desee profundizar en su fe. La adhesión es libre y no requiere formalismos previos, naciendo habitualmente de una amistad. 

Información

Contacto: Mónica Gómez

Correo electrónico: clcolombia1@gmail.com

Redes Sociales: Movimiento Comunión y Liberación Colombia (Facebook)

Sitio Web Internacional: espanol.clonline.org



“La fe se cultiva en la vida cotidiana”

Más de 350 personas participaron en el Simposio “Salir al encuentro: la fe en los nuevos escenarios de la familia”, convocado por la Diaconía para la Esperanza de la Arquidiócesis de Bogotá.

Familias, jóvenes, niños, sacerdotes, religiosos y agentes de evangelización de Bogotá y de las diócesis hermanas de Engativá, Soacha y Fontibón, se reunieron en la Fundación Universitaria Monserrate (Unimonserrate), el 9 de mayo, para reflexionar sobre los desafíos actuales de la evangelización en la familia y del anuncio del Evangelio en la vida cotidiana.

La jornada inició con la Eucaristía presidida por el cardenal Luis José Rueda Aparicio, quien precisó que “las familias están llamadas a ser lugar de una fe viva”. En su homilía destacó el papel de las madres como sembradoras de fe, “primeras catequistas”, e invitó a acompañar más de cerca a los jóvenes: “No hablen mal de los jóvenes. acompañenlos, escúchenlos, caminen con ellos”.

Dirigiéndose a los jóvenes, inspirado en la exhortación apostólica *Christus Vivit*, del papa Francisco, les recordó que “Cristo vive, los ama, los llama y los envía”.

El cardenal insistió, además, en que el matrimonio también es una vocación y subrayó la necesidad de construir una auténtica cultura del encuentro y del cuidado en el hogar, en la Iglesia, en la comunidad y en cada lugar de acogida.



“La familia es cuna de sinodalidad”

Finalizada la eucaristía, monseñor Daniel Delgado Guana, vicario episcopal de Evangelización, profundizó sobre la sinodalidad, señalando que “no es un montón de actividades, es una espiritualidad que tiene su lugar natural en la familia”. Añadió que el hogar es “la cuna del encuentro, del diálogo y del perdón”, donde nace la misión y se aprende la participación en la Iglesia.

Un momento central fue la ponencia de monseñor Ricardo Pulido, encargado de la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral, director general del Sistema Educativo Arquidiocesano de Bogotá – SEAB, quien propuso tres claves para evangelizar hoy: búsqueda, riesgo y posibilidad. “Salir al encuentro significa ir a espacios donde a veces no somos bien recibidos, pero hay que arriesgarse (...) La Iglesia no puede evangelizar desde la comodidad. Evangelizar es salir al encuentro del otro, de sus sueños, de sus deseos, de sus esperanzas”, afirmó.

Durante el conversatorio con la hermana Magda Cruz, responsable de la Diaconía para la Esperanza; el padre Johnier Montoya, coordinador del Servicio Arquidiocesano de Evangelización de la Familia; y el padre Juan Miguel Blandón, asesor para la Infancia, adolescencia y juventud de la Diaconía para la Esperanza, se insistió en tres actitudes esenciales para acompañar a las familias: acogida, cuidado y anuncio. “El Evangelio se anuncia con la vida”, subrayaron.

El padre Johnier explicó que la Iglesia reconoce hoy la urgencia de salir al encuentro de las nuevas realidades familiares: “Las familias necesitan un mensaje que ilumine su identidad, especialmente en los contextos actuales, con tantos cambios y transformaciones, haciéndose mucho más necesaria una salida más cercana, que recupere la esperanza, que le vuelva a dar a las familias el sentido de la vida”.

Monseñor Ricardo Pulido, hermana Magda Cruz, padre Johnier Montoya y padre Juan Miguel Blandón, durante el conversatorio.

Un espacio de escucha, acogida y formación para todos

Durante las ponencias, los adolescentes y jóvenes participaron en espacios de escucha y reflexión sobre sus emociones, relaciones y vivencia de la fe. Los niños también contaron con actividades lúdicas centradas en la familia y la espiritualidad.

Al cierre, la hermana Magda destacó que el simposio fue una oportunidad para “mirar la realidad no desde el miedo, sino desde la esperanza”. La jornada concluyó con un envío misionero que reafirmó una certeza compartida: la fe sigue encontrando hogar en las familias cuando hay cercanía, escucha y testimonio. 



Lea la crónica de la jornada escaneando el QR





Educación en el cuidado para sanar la convivencia escolar

En un contexto educativo marcado por distintos desafíos sociales, emocionales y digitales, el cuidado emerge como una categoría central para repensar la convivencia escolar. Bajo esta premisa, el Sistema Educativo de la Arquidiócesis de Bogotá (SEAB) realizó el V Congreso de Convivencia Escolar: “Transformando la convivencia escolar desde el cuidado”, un espacio de formación, escucha y construcción colectiva que se consolida como una de las iniciativas centrales de la Semana del Buen Trato 2026.

El encuentro se desarrolló en el Gimnasio Monseñor Manuel María Camargo, congregando a coordinadores de convivencia, orientadores, directivos, padres de familia y estudiantes representantes de las instituciones que conforman el sistema educativo arquidiocesano.

Una pedagogía que pone a la persona en el centro

Más que un evento académico, el congreso se configuró como un espacio de sensibilización y reflexión sobre la urgencia de promover el buen trato en los entornos escolares. A través de ponencias y experiencias compartidas, se brindaron herramientas conceptuales y prácticas orientadas a la prevención de las violencias, el fortalecimiento de la convivencia y la transformación de la praxis de la autoridad

“La pedagogía del cuidado es una pedagogía humana en donde ponemos en el centro a la persona... la ayudamos a desenvolverse en diferentes contextos relacionados con la parte socioemocional, restaurativa y de derechos”, explicó Milena Pacheco González, directora técnica del SEAB, subrayando que “esta apuesta permite abordar las situaciones escolares de una manera más humana”.

En este horizonte, el congreso desarrolló líneas de trabajo concretas: transformar la autoridad del control al acompañamiento, prevenir las violencias desde el cuidado, implementar prácticas restaurativas y consolidar una cultura institucional basada en la corresponsabilidad y el sentido de comunidad.

De la norma al vínculo: prácticas restaurativas y cultura del cuidado

Desde esta perspectiva, no se trata solo de sancionar, sino de reconciliar, reconstruir vínculos y generar aprendizajes significativos.

“Hemos trabajado como eje central la importancia de las prácticas restaurativas a través de la pedagogía del cuidado y su aporte en la erradicación de las violencias dentro de nuestras instituciones”, señaló Alejandra Hernández, asistente del equipo técnico SEAB, destacando que el enfoque busca una convivencia asertiva “desde el cuidado y desde el amor”; construir comunidad, fortalecer vínculos y



Diana Patricia Molina Cobaleda, directora socioeducativa y rectora en la Fundación San Antonio.



César Augusto Huertas García, pedagógico senior Norma.



gestionar conflictos a través del diálogo, priorizando la reparación del daño sobre el castigo.

A su turno, Diana Patricia Molina Cobaleda, directora socioeducativa y rectora en la Fundación San Antonio, quien acompañó la jornada como ponente, insistió en la necesaria articulación entre norma y cuidado:

“Las instituciones educativas no nos podemos desligar del componente legal... sin embargo, la norma pierde sentido sin cuidado, y el cuidado sin norma tampoco tiene sentido”.

Este equilibrio se traduce en una comprensión profunda de la convivencia como construcción colectiva: “El cuidado se vuelve cultura institucional”, afirmó.

Formación integral y currículo humanizador

El congreso también reafirmó la apuesta del SEAB por una educación integral que trasciende los contenidos académicos. En este sentido, los participantes destacaron la apuesta por un currículo humanizador que permite a los estudiantes desarrollarse plenamente.

“Estos espacios son de absoluto valor... nos dotan de herramientas necesarias para implementar en la cotidianidad de las instituciones educativas y favorecer la convivencia”, manifestó el coordinador general del Liceo Parroquial San Gregorio Magno - SEAB, Jarold Gonzalez, precisando que el reto es “innovar constantemente” para responder a las realidades actuales.

Una de esas realidades es el aumento de violencias emocionales y digitales, especialmente vinculadas al uso de tecnologías. Frente a ello, el SEAB ha fortalecido procesos formativos con estudiantes y familias, promoviendo habilidades para afrontar estos escenarios.

“Tenemos que estar formando permanentemente... esto es promoción y prevención para que nuestros estudiantes



sepan cómo actuar frente a un tipo de violencia”, advirtió Milena Pacheco.

La voz de la comunidad educativa

Uno de los rasgos distintivos del congreso fue la participación activa de todos los actores educativos. Estudiantes, personeros, familias, orientadores y coordinadores no solo asistieron, sino que aportaron desde sus experiencias, consolidando una verdadera comunidad de aprendizaje, orientada en este espacio a fortalecer la sana convivencia.

“Aprendemos de los saberes que tenemos en cada institución, pero también escuchamos las diferentes voces... especialmente las de los estudiantes, que hacen que lo que construimos sea fructífero”, destacó Diana Patricia Molina.

“Ha sido un espacio muy interesante, me ha gusta mucho; ha generado necesarias reflexiones en torno a la convivencia académica... También expectativas y responsabilidades en torno al rol que cada miembro de la comunidad educativa tiene en este aspecto”, manifestó Oscar Taborda, personero del Instituto Tecnológico del Sur – SEAB.

El encuentro fue también escenario para reafirmar el enfoque en el proyecto de vida como eje transversal dentro del Sistema Educativo. “Formar para la vida implica desarrollar habilidades que permitan a los estudiantes convivir respetando la diversidad, desde la empatía y el reconocimiento del otro”, agregó Alejandra Hernández.

La Semana del Buen Trato: una cultura que se construye día a día

El congreso se enmarcó en la quinta versión de la Semana del Buen Trato, una iniciativa institucional que busca consolidar una cultura del cuidado en la comunidad educativa.

“Dentro del proceso de formación integral, la pedagogía del cuidado se expresa en relaciones de buen trato, que implican reconocimiento del otro, respeto por su diferencia y acompañamiento en la construcción de su proyecto de vida”, precisó monseñor Ricardo Pulido, director general del SEAB.

La intencionalidad es clara, explicó: fortalecer actitudes de cuidado, cercanía y corresponsabilidad en docentes, estudiantes y familias, generando ambientes caracterizados por relaciones sanas y respetuosas.

“El cuidado es el que crea una cultura del buen trato; relaciones sanas y constructivas”, agregó, al explicar por qué este año la semana estuvo orientada explícitamente a esta pedagogía.

Una respuesta eclesial

En un tiempo donde la convivencia escolar enfrenta tensiones crecientes, la pedagogía del cuidado se presenta no solo como una metodología, sino como una apuesta que permite mirar al otro, acompañar sus procesos y construir comunidad. Transformar la escuela es posible cuando el cuidado deja de ser un concepto y se convierte en cultura viva. 

“ En el SEAB cuidar una y construir comunidad compromete. ”



Vea los detalles del congreso escaneando el QR.



“... cuando la comunidad cristiana se reúne en asamblea litúrgica para celebrar la misa, mediante la anáfora o plegaria eucarística recuerda aquel acontecimiento del que ha nacido la Iglesia”



Tadeo Albarracín • Presbítero • Doctor en Liturgia

La plegaria eucarística

La parte de la misa que se suele llamar liturgia de la Eucaristía está estructurada sobre las cuatro acciones con las que los relatos de los evangelios suelen presentar las comidas de Jesús. Se puede deducir, sin lugar a dudas, que estas reuniones en las que Jesús come con sus compañeros —y en ocasiones con la multitud— fueron ocasión en las que los discípulos experimentaron con intensidad la presencia del Reino, y estas vivencias de comer juntos marcaron con tan profunda huella la memoria de aquella primera generación de cristianos que al referirlas por escrito varios años después los evangelios suelen anotarlas llamando la atención sobre cuatro acciones sucesivas de Jesús: tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio; son cuatro verbos: tomar, bendecir, partir y entregar.

Para hacer posible que las posteriores generaciones de cristianos pudieran conocer aquella experiencia de comunión y participar en el misterio de Cristo, la Iglesia expresa y realiza en la celebración litúrgica aquellas mismas acciones de Jesús a través de ritos. Y es así como la acción de Jesús de tomar el pan la Iglesia la pone por obra mediante el rito de preparación de la mesa para el banquete de la Eucaristía (que en alguna época se llamó ofertorio); la acción de bendecir dio origen a la plegaria eucarística; el gesto de partir el pan lo anuncia y lo realiza hoy la Iglesia a través del rito de la fracción del pan; y, finalmente, la acción de entregar o dar el pan eucaristizado a los cristianos corresponde al rito de la comunión.

Ya en los primeros siglos algunas comunidades cristianas consideraron que este desarrollo era presuroso y reconocieron el beneficio de introducir algunos ritos con el objeto de disponer a los presentes para comulgar, esta disposición para recibir la comunión la procura el misal nuestro a través del Padrenuestro y del rito de la paz.

La oración más importante de la misa es la plegaria eucarística, es la manera como la Iglesia lleva a participar a la asamblea litúrgica en la acción de Jesús de bendecir el pan en las comidas que dieron origen a la celebración de la Eucaristía. El misal reformado por el Vaticano II define primeramente la plegaria eucarística o anáfora como oración de acción de gracias.

En los relatos de institución de la Eucaristía que aporta el Nuevo Testamento se expresa la acción de Jesús a través de dos verbos, bendecir o dar gracias; los exégetas proponen reconocer en esta diferencia dos tradiciones originadas en dos ambientes; en el entender de los estudiosos de las Escrituras el recurso al verbo *bendecir* es un argumento

para definir que ese texto ha surgido en una comunidad de lengua hebrea (aramea) y *agradecer* es vestigio de ambientes cristianos en los que predominó la lengua griega. A un hebreo le resulta más fácil decir ‘bendijo’ (*eulogesas*) mientras que uno de lengua griega estará más cercano a decir *eucharistesas* (dar gracias). Tanto bendecir como agradecer se refieren a una oración de acción de gracias que tiene origen en un ambiente bíblico, la *beraká*; los orantes en la Biblia suelen evocar en estas oraciones (*beraká*) acontecimientos a través de los cuales se reconoce la actuación de Dios en la historia para salvar a su pueblo. Así que, cuando la comunidad cristiana se reúne en asamblea litúrgica para celebrar la misa, mediante la anáfora o plegaria eucarística recuerda aquel acontecimiento del que ha nacido la Iglesia y reconoce que quienes participan de este sacramento confiesan el fruto liberador de la Pascua en su historia personal al tiempo que admiten que aún falta llegar a la plenitud y por ello la Iglesia implora la venida del Señor. Esta ‘profesión de fe’ está muy bien contenida y expresada en la aclamación al memorial: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor, Jesús!*

Cuando la Iglesia se congrega para celebrar la Eucaristía, se reúne para realizar conjuntamente con Cristo los gestos o acciones que hacen manifiesta la obra de la redención y, a través de la plegaria eucarística, los fieles reunidos en asamblea litúrgica reconocen su origen en la entrega del Señor en su pasión y muerte; proclaman que la vida nueva que trae la resurrección de Cristo se está manifestando hoy en la vida de fidelidad evangélica, pero también admiten que la victoria pascual de Cristo aún debe extenderse a toda la creación y por ello anhelan el retorno de su Señor que trae consigo la plenitud del Reino.

En estos tiempos en los que el Espíritu nos va llevando a tomar conciencia de la necesidad de anunciar el proyecto del Reino y hacerlo presente, una apropiada realización de los gestos de Jesús en las comidas con los discípulos puede ayudar a reconocer y a acoger con agradecimiento el don de Dios —la gracia— en nuestra historia.

Un uso apropiado de la anáfora comenzaría por reconocer que ella tiene un programa narrativo que inicia con la invitación a buscar el Reino (tener *levantado el corazón hacia el Señor*) y a dar gracias al Señor (porque hacerlo *es justo y necesario*); con esta intención la anáfora propone el repaso por algunas de las acciones salvíficas de Dios en la historia pasada, presente y futura para terminar glorificando a Dios en la doxología final. ■

CONVERSACIONES

Padre Jaime Mancera

Rector del
Seminario
Mayor de Bogotá



En el contexto de la celebración por los 80 años de la actual edificación del Seminario Mayor de Bogotá, corazón de esta Arquidiócesis; en cuya infraestructura emblemática a nivel arquitectónico, espiritual e histórico cientos de jóvenes se han formado para el sacerdocio, *Fraternidad* conversó con su rector, el padre Jaime Mancera, sobre la relevancia de esta conmemoración, su experiencia pastoral en este servicio, sobre los desafíos actuales a nivel vocacional, entre otros aspectos relacionados con esta casa de formación.



Monseñor Mauricio Urbina (MMU): Padre Jaime, iniciemos hablando sobre el sentido e importancia de esta conmemoración.

Padre Jaime Mancera (PJM): Hemos querido hacer relevante, significativa, esta celebración, en primer lugar, por un ejercicio de memoria agradecida. Es necesario permanentemente estar recordando que somos herederos de un trabajo que otros han sembrado, han cultivado y han cosechado. Y nosotros somos fruto de ese trabajo; y, a su vez, recordamos que estamos asumiendo hoy nuestro trabajo y proyectándolo hacia el futuro.

Es una bonita oportunidad para agradecer a tantos hombres de Iglesia: sacerdotes, profesores y muchas personas que han colaborado en la construcción del Seminario, en su crecimiento, en todo el desarrollo que ha tenido durante los últimos años.

De otra parte, es ocasión para que el Seminario recuerde a toda la Arquidiócesis la hermosa tarea de la promoción de las vocaciones sacerdotales; y como nos lo invita a hacer el espíritu de conversión sinodal que estamos viviendo, recordar que la tarea formativa le corresponde, no solo a quienes estamos allí internamente, sino a todos los miembros del pueblo de Dios.

MMU: Como usted lo ha mencionado, esta conmemoración también ha llevado a centrar la reflexión en los actuales desafíos a nivel vocacional, pastoral y de evangelización. ¿Cuál considera es el mayor reto para nuestra Arquidiócesis en relación con la formación de futuros sacerdotes?

PJM: Considero que hay que partir por afianzar esa convicción que nos recordó el papa Francisco en su visita a Colombia, y es el hecho de que el Señor sigue llamando para atender la necesidad del acompañamiento del pueblo de Dios. Y sobre esa base, encontrar los mecanismos comunicativos de motivación para que los jóvenes que escuchan ese llamado sepan aceptarlo, acogerlo y responder con gratitud.

Entonces, el desafío es, en un primer momento, comunicativo: Implica saber conectarnos con esa inquietud que a veces los mismos muchachos tienen, pero no saben expresar o no saben interpretar. Ante esto, tenemos por delante esa necesidad de ser creativos en nuestra capacidad de despertar, de animar esa respuesta.

En segundo lugar, por supuesto, viene todo el desafío formativo, porque sabemos que somos hijos de una sociedad enferma que produce muchísimos problemas y entonces esto se convierte en un reto para la formación, al contar con esa mayor fragilidad que la vida tiene hoy. Y a partir de allí construir la vida de un sacerdote; a partir de allí motivar a decir que claro que sí es posible llevar una vida en plenitud, una vida sacerdotal, un ministerio.

A veces hay como el fantasma de que la vida sacerdotal realmente no produce una vida que valga la pena. Se presenta como una vida llena de insatisfacciones

y de sacrificios, pero no siempre se descubre la alegría de lo que significa ser sacerdote, como ocurre en la vida de muchas otras personas en otros campos de la existencia humana.

Entonces, tenemos ese reto: proponer los medios adecuados para integrar esas fragilidades y proponer una vida sacerdotal acorde con los nuevos tiempos.

MMU: Desde su experiencia vocacional, formativa y desde la vivencia del ministerio, ¿cuál considera es ese valor, esa belleza de la vida sacerdotal?

PJM: Pienso que en primer lugar es necesario vencer esa imagen que nos ha vendido una sociedad que está enferma de individualismo, que afirma que la felicidad de la vida está en centrarse en los intereses propios. Esto nos permite descubrir la alegría de vivir para los demás, de compartir la vida con otros, de hacernos servidores y cuidadores. Esta es una alegría que no se pierde, que no se termina; que no es solo euforia, sino que brota de adentro hacia afuera y que se queda allí.

Cuando uno se plantea la vida de esta manera nace en el corazón una satisfacción que nada ni nadie nos puede quitar. Esto contrasta, por supuesto, con las formas de pensar del mundo.

De otra parte, es maravilloso descubrir y vivir el don del ministerio sacerdotal que nos llama a ser esa imagen de Jesús cercano con su Palabra, con sus gestos, que nos acompaña, que nos hace



crecer, que nos reconcilia en nuestras dificultades.

La presidencia de los sacramentos, el poder celebrar estos gestos que Jesús nos ha dejado para hacer de la historia personal una historia de salvación; el estar al frente de comunidades siendo esos animadores para que todos descubran sus cualidades y las ponga al servicio de los demás, también, es fuente de gran alegría y satisfacción.

MMU: Usted es un sacerdote con amplia experiencia en muchos campos en nuestra Arquidiócesis de Bogotá, incluido el tema formativo en distintos momentos. Y hace dos años asumió la conducción del Seminario Mayor San José. ¿Sacerdotalmente, cómo se ha sentido y qué le ha aportado este servicio?

PJM: Hace 16 años salí de estar en el equipo de formadores del Seminario y regreso enriquecido con la experiencia de haber trabajado con muchos hermanos sacerdotes, reconociendo cualidades, ausencias, necesidades de formación. Regresar es la oportunidad de decir: bueno, aquí está lo que he estado viendo, lo que ayudé a sembrar, la cosecha. Esto me da una sabiduría para reconocer muchas cosas que hay que

implementar, desarrollar... Ha sido para mí muy enriquecedor estar poniendo a funcionar todo eso en el proceso.

Por otra parte, es interesante reconocer la “nueva juventud”, que no es la misma de cuando salí. Entonces, también ha sido un tiempo de reconocer las nuevas maneras de pensar, de sentir, de relacionarse, desde un ejercicio de diálogo, de aprendizaje con estas juventudes que hoy el Señor llama a la vida sacerdotal.

Ha sido una experiencia muy bonita, que enriquece esta etapa de mi vida sacerdotal y me hace volver a tener mucha ilusión... a ver con esperanza el futuro de nuestra Arquidiócesis.

MMU: Finalmente, padre Jaime su mensaje ante la gracia, don y desafío que representa la llamada vocacional.

PJM: ¡Démosle una oportunidad a nuestro Señor!... A su llamado a vivir la aventura de encontrarnos con los demás... de acercarnos a comunidades en nuestros barrios; a conocer la gente, mundos maravillosos que hay que descubrir y con los cuales podemos compartir nuestra vida. ¡Qué fortuna es poder estar allí y ser sal de la tierra y luz del mundo en medio de esos contextos!, en medio de comunidades, barrios, universidades, capellanías, colegios,

cárceles, hospitales. Qué hermoso darnos la oportunidad de pensar que nuestro Señor nos llama a explorar ese mundo maravilloso de las personas con las que compartimos nuestra vida aquí en nuestra ciudad-región.

Creo que en la medida en que le demos la oportunidad a nuestro Señor, con seguridad se va a hacer clic como decimos hoy, se van a despejar dudas o va a surgir ese deseo enorme de querer decirle al Señor: “Sí Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad. Envíame”.

Hoy necesitamos sacerdotes y qué hermoso pensar que yo puedo ser una respuesta del Señor a la profunda necesidad de la gente que busca sentido para su vida, horizonte y esperanza. 



“ Cientos de vocaciones se han cultivado, formado y acompañado en este lugar, corazón de la Arquidiócesis ”





Aportes para una historia de la sede actual del Seminario Conciliar de Bogotá

Martín Gil Plata, pbro.

Los acontecimientos políticos de los siglos XVIII-XIX privaron al Seminario Conciliar de Bogotá, en primer lugar, de la dirección de la Compañía de Jesús, expulsada en 1767 y suprimida en 1773¹, y luego de una sede propia y estable, viéndose obligado a peregrinar por asentamientos precarios o prestados; con la consiguiente fragmentación del patrimonio material e intelectual consolidado durante casi dos siglos de funcionamiento continuo². Durante el siglo XIX el Seminario conoció las sedes de los antiguos claustros del convento franciscano de San Buenaventura, la casa donde murió el general Francisco de Paula Santander (hoy edificio de Avianca), el antiguo Colegio de la Enseñanza y la Recoleta de los Agustinos en el barrio de La Candelaria desde 1883 hasta 1943³.

Con la experiencia de los intentos fallidos de adaptar y transformar edificios⁴ y luego de consolidar un acervo formativo suficiente,

1 Después de la restauración de la Compañía en 1814, por parte de Pío VII, los jesuitas asumirán de nuevo la dirección del Seminario entre 1845 y 1850, año de su nueva expulsión de Colombia.

2 Algunos de los libros de las colecciones del Colegio San Bartolomé y del Seminario están ahora en posesión de la nación en la Biblioteca Nacional y otros están divididos entre las bibliotecas del Seminario, la Universidad Javeriana y colecciones particulares.

3 Entre 1943 y 1946 el Seminario Mayor funcionó provisionalmente en la Casa de Ejercicios de Emaús, una edificación en la actual calle 72 con carrera 4. El Seminario Menor tuvo una sede en los actuales predios del edificio San José en la carrera 7 con calle 85, para luego pasar a la calle 99 (actual parroquia de Santa Clara) y finalmente al Prado Veraniego, en la antigua propiedad de la Asociación de Jesús Adolescente (Tihamer Toth), desde 1978 hasta 2005, cuando fue cerrado oficialmente, dando lugar a la breve experiencia de un propedéutico separado y la pastoral vocacional y luego, durante algún tiempo, a una casa de encuentros. La demolición actual dará lugar a la casa para el clero en retiro por edad o enfermedad.

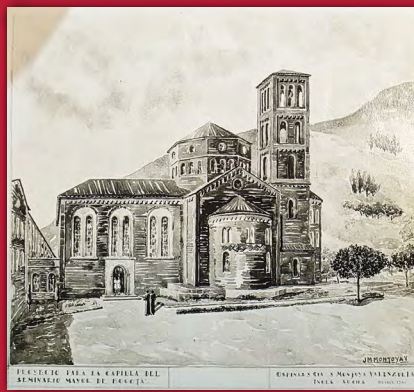
4 Incluida la edificación neogótica de la Calle del Sol, 11 con 3ª, obra del padre montfortiano Juan Bautista Arnaud, en 1917; que luego fue cedido a las monjas clarisas durante 25 años y posteriormente albergó el Servicio de Inteligencia. Actualmente es un conjunto habitacional.



Monseñor José Manuel Díaz, rector durante la construcción.



Venerable Ismael Perdomo, gestor de la iniciativa.



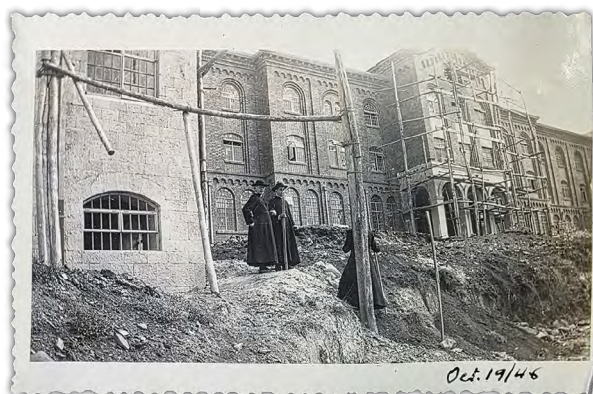
Bocetos del proyecto Para el Seminario Mayor y la capilla. Firma Ospina Cia. y Montoya Valenzuela ings-archs. 1946.



8-ic. 5/44



Junio 21/945



Oct. 19/46

La obra se inauguró en diciembre de 1946, con ocasión de las bodas de oro sacerdotales de monseñor Perdomo. Una obra sin prisas, hecha para durar.

monseñor Ismael Perdomo emprendió algo realmente formidable: Después de algunas consultas a peritos y el parecer de miembros del clero con acierto y criterio, el arzobispo quiso construir una sede completamente nueva para el Seminario, tomó él mismo la decisión y, después de descartar los terrenos dentro de la Universidad Nacional y otro más al norte por la carrera 7, comenzó negociaciones con la familia Pérez Sierra, de feliz memoria, que generosamente accedió a la venta y se mostró benefactora del proyecto.⁵

Con sentido práctico, el arzobispo Perdomo sacó adelante su propósito. En 1939, monseñor Perdomo firmaba el decreto de construcción del edificio y llamaba a toda la Iglesia arquidiocesana a unirse a la causa de su pronta culminación. El clero le seguiría generoso, con el asentimiento de la inteligencia ante una idea sensata y necesaria. Las suscripciones a la obra y los aportes de las parroquias fueron continuos, junto a las donaciones de varios sacerdotes cuya bondad ya recibió su recompensa. Muchas personas, organizaciones, órdenes, congregaciones y movimientos laicales mostraron también su entusiasmo y colaboraron con recursos para la obra y su posterior dotación.⁶

Un pastor anciano y sabio, amado por su Iglesia, sabía que su decisión correspondía a la voluntad de Dios. Las firmas de los planos y los acuerdos económicos, muestran el interés específico del arzobispo en este asunto, la previsión de su justa financiación y la intención clara de establecer un legado después de veinte años de conocimiento de su Arquidiócesis, su clero y sus fieles.

5 Cf. *La Iglesia*, número extraordinario, 1981; 223. El 9 de diciembre de 1942 se firmó la Escritura pública en la Notaría 5ª de Bogotá. La construcción comenzó en 1944 y finalizó en 1946, y el 3 de mayo de 1949, monseñor Emilio de Brigard (1888-1986) consagró la Capilla. El museo tuvo como base la valiosa colección del P. Carlos Umaña y fue organizada por los padres Fernando Acevedo (que también cuidó con denuedo el patrimonio bibliográfico), Bernardo Sanz de Santamaría y José Restrepo Posada. La colección se acrecentó con el legado de monseñor Eugenio Ramírez Buenaventura, otro insigne benefactor de la casa. Hubo con el tiempo algunas reformas como la ampliación del comedor en 1950, la obra anexa de las casas gemelas en los sesenta y la muy acertada modernización de la biblioteca con el repositorio, las salas de lectura y el auditorio, inaugurados en 1990, gracias a los fondos propios y el apoyo de la diócesis de Aquisgrán.

6 El 31 de agosto de 1947, un decreto de Curia Arzobispal determinaba que el último domingo de agosto debía llamarse "Día del Seminario", con el consiguiente empeño de oración por las vocaciones y apoyo material a su sostenimiento. Un reconocimiento necesario: el patrimonio del Seminario ha sido custodiado y ha venido acrecentándose durante casi un siglo por el meritorio trabajo de los síndicos*, que ha permitido la independencia financiera de la institución y garantizado un funcionamiento sin contratiempos ni fugas hasta el presente.

* Vea el listado de síndicos en la página 26.



Interior de la capilla, antes y después de las reformas del Concilio Vaticano II.

No había lugar para la improvisación en un corazón realmente entregado a la Providencia. La crisis de los años 30, que reveló graves fisuras eclesísticas, la escasez de pastores, el clima de creciente antagonismo y la urgencia de una formación de avanzada, estaban seguramente en la mente del pastor que comprendió la centralidad del Seminario para la conformación de una fisonomía pastoral propia de su diócesis.

En medio de la fragilidad y mutación de las cosas humanas, el Seminario fue hondamente querido por los católicos de la ciudad para dar un ambiente idóneo a la formación de los sacerdotes, con la firmeza de la tradición y los mejores recursos intelectuales y morales disponibles. La construcción fue otorgada a la firma Montoya & Valenzuela, que también levantó las edificaciones de la Universidad Santo Tomás y el Convento de Santo Domingo, con rasgos similares e igual dedicación y profesionalidad⁷. La obra se inauguró en diciembre de 1946, con ocasión de las bodas de oro sacerdotales de monseñor Perdomo. Una obra sin prisas, hecha para durar.

La misma elección del estilo arquitectónico, no francés ni inglés, como estaba de moda, ni con elementos vanguardistas, sino el neorrománico, fue ya un indicio del carácter perenne y la fidelidad a la Santa Sede que siempre acompañó a monseñor Perdomo. Lejano del carácter de monumento o de edificación suntuosa, el Seminario fue asumiendo los rasgos de gran belleza, líneas austeras y sentido de hogar que ensamblan el lugar. Sus amplios espacios nunca ostentan, sino que invitan al silencio, a la devoción, al recogimiento y al encuentro fraterno entre quienes comparten una vocación y un servicio. El Seminario no es solo una construcción, sino una propuesta teológica y de formación cristiana, un crisol de piedad que une generaciones y que establece un lenguaje espiritual que da cohesión al clero de la ciudad.

El Seminario Conciliar es, ciertamente, la obra de mayor envergadura emprendida por la Iglesia hasta ahora en Bogotá y quizá sea nuestro mayor patrimonio, después de la fe. Este edificio es herencia y responsabilidad de todos, corazón de la Arquidiócesis y oasis en una ciudad convulsionada que requiere un signo de fe y paz. Por no hablar de las muchas vocaciones que el Señor ha suscitado valiéndose de la silente belleza de su fachada. Que la costumbre no nos haga olvidar la inmensa bendición de esta casa para la Iglesia de Bogotá y para la Provincia Eclesiástica porque, valga decirlo, así fue pensado desde el inicio.

⁷ El Archivo del Seminario conserva una amplia colección de fotos de los distintos momentos de la construcción, con la permanente presencia e interés de miembros del clero.

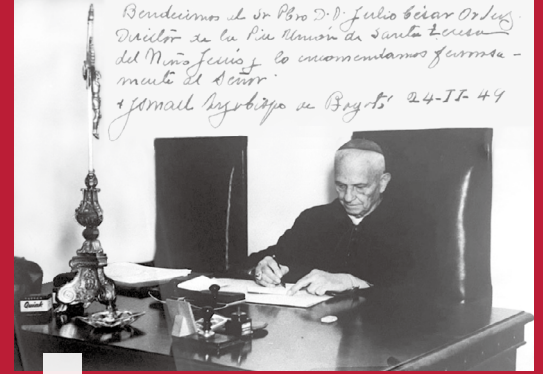




"Echando cometa. San Benito. 2 de septiembre de 1934".



Orando por la ciudad el 9 de abril.



En su estudio, lugar en el que solía pasar gran parte de su tiempo.



El dormitorio del Venerable Perdomo se conserva con algunas de sus pertenencias.

Sus proporciones físicas fueron planeadas juiciosamente para una capacidad robusta y numerosa, que atrajera a su vez nuevas vocaciones. No hubo estrechez de miras en lo que pensaban nuestros antecesores en la fe y, así, procedieron en consecuencia.

Fue significativo, por otra parte, que el venerable Perdomo escogiera un discreto rincón de ella como su descanso y su oficina auxiliar. Allí se conservan su muy modesto mobiliario y algunos de sus libros, porque la pobreza efectiva fue una de sus más queridas y constatables virtudes. Enfermo y débil, con el dolor de las disputas humanas y la ingratitud de los suyos, recibió aquí la noticia de la destrucción del Palacio Arzobispal el 9 de abril de 1948 y sólo exclamó: "Todo se ha perdido, menos la confianza en Dios", para luego retirarse en silencio a su minúsculo oratorio. El único testigo de este callado dolor fue el entrañable y erudito rector José Manuel Díaz (+1972), cuya tumba está en la capilla del Seminario. El santo arzobispo no profirió condenas ni pidió castigos, al contrario, imploró la misericordia y rogó por la reconciliación de los ánimos. En cuanto a la obra ya culminada, sabía que estaba en manos de Dios, garante de su perennidad. Las acciones de los santos tienen una solidez fuera de toda comprensión y cálculo humanos.

En la década de los cincuenta, el Seminario vivió una interesante transición entre los modelos un tanto locales de formación y una apertura bíblica, teológica y moral propiciada por quienes venían de Europa con un bagaje consistente; que no dejaba de causar inquietud entre algunos. Era evidente que el clima inmediatamente pre-conciliar impulsaba caminos de renovación en todos los órdenes de pensamiento, primero en la urgencia de una pastoral actualizada, coordinada y verdaderamente eclesial, como fue evidente en múltiples iniciativas de la Iglesia de la época⁸, favorecidas ya por el conocimiento mutuo del clero que ya contaba con dos generaciones de formados en la nueva casa.

Los años sesenta, una década de gigantescas transformaciones culturales, marcaron, no sin contradicciones y momentos de crisis, la consolidación y el crecimiento sostenido de la Institución, enriquecidos por

⁸ Debe mencionarse la Unión Parroquial del Sur, *opera prima* de eminentes sacerdotes formados en una evidente unidad de criterios y espíritu de amistad y colaboración.



“ El Seminario no es solo una construcción, sino una propuesta teológica y de formación cristiana, un crisol de piedad que une generaciones y que establece un lenguaje espiritual ”



“ La vuelta de los sacerdotes diocesanos a la administración plena de la casa en 1981(...) marcó el fortalecimiento de unos vínculos más estables del Seminario con la vida de la Arquidiócesis ”

la nueva regencia de la Compañía de San Sulpicio⁹, –sea el momento de rendir un homenaje a su labor– invitada por el señor cardenal Luis Concha (+1975); con la exigente y algo accidentada misión de ajustarnos a las perspectivas y directrices del Concilio Vaticano II. Fueron dos décadas de apertura teológica y pastoral a otras latitudes y de formación del espíritu interior del clero, que marcaron el alma generosa de muchos de nuestros hermanos presbíteros. Al mismo tiempo, hay que decirlo, una época en que la marcha del Seminario se vio eventualmente como algo externo al clero de Bogotá, que comenzó a sentir desafección por la casa. El clero diocesano asumió la formación solo como una etapa que se dejaba atrás y el Seminario era muy poco visitado, brevemente o en eventuales celebraciones.

Sin embargo, cuando partieron los sulpicianos hubo pintorescos brotes de protesta, muestra del afecto e inspiración que habían despertado en muchos alumnos y fruto de su testimonio y dedicación. La huella de los sacerdotes de San Sulpicio sigue presente en varias de las costumbres diarias del Seminario, los oficios asignados, la dinámica colectiva del Consejo y la seriedad y continuidad de la dirección espiritual como fundamento de un discernimiento acompañado y dialogado, en total respeto a la libertad de la conciencia¹⁰.

La vuelta de los sacerdotes diocesanos a la administración plena de la casa en 1981, por disposición del señor cardenal Aníbal Muñoz (+1987) marcó igualmente el fortalecimiento de unos vínculos más estables del Seminario con la vida de la Arquidiócesis en su conjunto; y esto ha sido un notable beneficio para el espíritu colegial del clero bogotano, los lazos de amistad y el surgimiento de figuras señeras de la academia, la labor y reflexión pastorales y el ministerio episcopal, en la Arquidiócesis, en la Iglesia colombiana y en el servicio diplomático. Sin embargo, aún queda mucho trabajo por hacer para que se aviven la



Formación integral: tiempo para la academia, la oración, el deporte y el compartir fraterno. Sacerdotes en diálogo con las realidades de su tiempo. Revista *Diners*, n.º 181, abril 1985, pág 100.



⁹ Sociedad de vida apostólica fundada por Jean Jacques Olier (1608-1657) en París para la formación del clero, primero en Francia y luego en diversos países, con un acento particular en la rectitud de la doctrina espiritual y en la interioridad de la vocación ministerial. Igualmente, congregaciones femeninas se dedicaron a la administración y cuidado del Seminario durante muchos años: Dominicas de Betania, Siervas de Cristo Sacerdote y Auxiliares Sacerdotes (Seminario menor).

¹⁰Cf. *La Iglesia*, número extraordinario, 1981; 573-616.



Júbilo y gratitud en torno a los 80 años de la actual sede del Seminario Mayor. Eucaristía y encuentros fraternos en el marco de la conmemoración.

conciencia del Seminario como el centro de la formación permanente del clero y la responsabilidad conjunta de su sostenimiento, promoción y vitalidad vocacional.

Así debe ser. Porque el Seminario no es solo un edificio notable, sino una auténtica Escuela de Cristo, en la mejor tradición de este término, con una permanente comunicación de la vida en Dios y de específicos saberes y tradiciones propios de la Iglesia diocesana. En el Seminario no vemos solo los años de la formación, sino la continua savia que une generaciones, explora los signos de los tiempos y busca conjuntamente la plena obediencia a la voluntad de Dios. El Seminario, en toda diócesis, es un vínculo estable que permite crear un lenguaje, un estilo y una auténtica comunión en las cosas sagradas. Una escuela de ciencia, virtud y misión.

Amar nuestro Seminario es, así, un deber de nobleza. Que los recuerdos de esta casa sigan siendo para muchos motivos de alabanza y gratitud. Que su presente abunde en la alegría y piedad de los jóvenes que sirven al Señor; y que el futuro, por intercesión de la Inmaculada y de San José, nos atraiga del cielo la bendición de santos pastores en el temor y la sabiduría de Dios. **F**

Síndicos que han servido a esta casa de formación sacerdotal

Luis María Murcia Riaño	1948 - 1958
Cándido de Jesús López Valencia	1960 - 1965
Guillermo Forero	1964
Carlos Vargas Umaña	1965 - 1967
Bernardo Sanz de Santamaría	1966 - Temporal
Arturo Franco Arango	1967 - 1996
José Daniel Falla Robles	1996 - 2009
Francisco Emilio Tamayo Ramírez	2005 - Suplente
Jaime Pinilla Monroy	2009 - 2015
Rafael Cotrino Badillo	2015 - hasta la actualidad

Gracias por su gestión eficiente y comprometida

Rectores desde 1980

Gabriel Romero Franco	1980
Óscar Urbina Ortega	1986
Héctor Cubillos Peña	1994
Jesús María Rincón Rojas	1996
José Roberto Ospina Leongómez	2000
Luis Augusto Campos Flórez	2004
Germán Medina Acosta	2010
Leonardo Cárdenas Téllez	2015
Edwin Raúl Vanegas Cuervo	2018
Jaime Alberto Mancera Casas	2024

“ Las pequeñas comunidades, por más imperfectas e inmaduras que sean, se acogen dentro de la realidad parroquial como un don ”

Jesús Arroyave Restrepo ▪ Presbítero ▪ Párroco en San Juan Bautista de la Salle



La evangelización en el Camino Neocatecumenal

Hace un tiempo, cuando escribí sobre los equipos misioneros itinerantes del Camino Neocatecumenal, un conocido me manifestó el interés de conocer la manera en la que se forman las comunidades en las parroquias.

Retomando esta inquietud, comparto este texto partiendo de una sabia recomendación: No se trata de decir cómo se evangeliza, se trata más bien de compartir unas orientaciones generales, desde el cariño que me atañe y el respeto debido a los carismas y espiritualidades distintas, pero bellas en la medida en que fundan en Jesús su celo.

Para empezar, el sacerdote párroco que está interesado en formar Comunidades del Neocatecumenado, lo pide; es decir, las comunidades serán formadas siempre y cuando Dios quiera, y donde el pastor abre la puerta. La petición se hace de manera formal a través de una carta.

Una vez se ha demostrado esta intención, el equipo encargado del Camino en la nación o en la ciudad, nombrará un equipo pequeño que tendrá como tarea inicial presentarse ante el párroco y ante la comunidad parroquial. Este equipo está conformado por catequistas: hermanos que en el itinerario de formación cristiana ya llevan un buen camino recorrido de años y de formación. Matrimonios, célibes, viudos, solteros, seminaristas, presbíteros, etc., todos pueden acoger este llamado desde que la sabiduría y el discernimiento de los catequistas así lo vea. Luego, quienes asuman este servicio de evangelizar en dicha parroquia manifestarán su disponibilidad, asumiendo su apostolado tras una liturgia de envío.

La presentación pública ante la comunidad parroquial, en la mayoría de los casos, se realiza en las misas dominicales. Tras un breve testimonio, el equipo, en nombre del párroco, convoca a las catequesis semanales, explica dónde se realizará la formación y con qué frecuencia.

Se sugiere que los encuentros sean, al menos al comienzo, en el templo parroquial, pero cualquier espacio que el párroco disponga parece conveniente.

La frecuencia es de mínimo dos veces a la semana con charlas, catequesis de alrededor de una hora cada una. Los contenidos de estas charlas van haciendo un recorrido por temas diversos, pero su corazón y meta es el anuncio del kerigma: El amor de Dios manifestado en el perdón que nos otorga en la cruz de su Hijo.

A estos encuentros catequéticos se van intercalando, según la preparación, algunas liturgias como la de entrega de la Palabra por parte del obispo, o la liturgia de conversión o reconciliación.

Los catequistas durante dos meses, de forma gratuita, van haciendo entrega de 14 o 15 catequesis, con miras a formar una pequeña comunidad.

El proceso concluye con una especie de retiro de fin de semana que llamamos convivencia y en la que tendrá de forma clara la proposición, a cada uno de los asistentes, a hacer parte de la pequeña comunidad neocatecumenal que se formará en la parroquia, con vistas a dar los frutos del amor y la unidad.

El Camino Neocatecumenal, como todas las realidades eclesiales, (y como toda vida humana) debe madurar, deberá purificarse, sosegarse, corregirse. No obstante, las pequeñas comunidades, por más imperfectas e inmaduras que sean, se acogen dentro de la realidad parroquial como un don: el que podamos valorar las cosas por sus virtudes revela un corazón prudente. En cambio, limitarse a los errores, a las taras, delata un corazón impaciente.

Con esto digo que el párroco que acoja en su parroquia las realidades del Camino no se limita a esta única forma de evangelizar, y además sabe que, junto con las precariedades propias de todo carisma, acoge un instrumento inspirado por Dios para estos tiempos, como decía Juan Pablo II. 

El alma escrita de la Arquidiócesis

Por: Claudia Patricia Romero Velázquez y Ramón García Piment

“En la recolección de los archivos, donde el silencio adquiere densidad espiritual, cada folio custodiado participa a modo de una liturgia discreta, la de una Iglesia que, al preservar su memoria, consagra el tiempo y lo ofrece como testimonio vivo de su fe”.



Monserate-
Colección
fotográfica
Archivo Histórico
Arquidiocesano. S. F.

La virtud de las letras siempre ha distinguido los escritos del clero secular y religioso; tanto así, que la tradición de la organización de los archivos se erigió como el pilar sobre el cual descansa la archivística moderna. El papa Benedicto XIII, en la constitución *Maxima Vigilantia*, instruyó sobre la organización de los acervos de la Santa Iglesia católica a escala universal, trazando pautas para la consolidación de archivos que, incluso entonces, ya eran milenarios.

Nuestro acervo patrimonial es de carácter privado, por lo que su accionar no se sujeta necesariamente a las políticas de la Ley General de Archivos, orientada a entidades públicas o privadas con funciones públicas; de allí que, amparados por las normas canónicas y concordatarias, custodiemos con celo, respeto y esmero este patrimonio documental, sin que ello implique ocultar su valor.

Así, el archivo histórico arquidiocesano de Bogotá se erige como faro documental que testimonia, de manera magna, los procesos de formación cristiana e introducción de la fe, no solo en Bogotá, sino en parte de la nación. Acercarse a este archivo exige una mirada distinta a la



Panorámica del Palacio Arzobispal después del incendio del 9 de abril de 1948 - Colección Henao Sáenz-Archivo Histórico Arzobispal.

habitual: no es un archivo público en sentido estricto, ni un espacio estático sacralizado, ni una mera colección de episodios clericales, coloniales o republicanos. Es, más bien, una memoria viva que resguarda la historia sacramental de la Iglesia, conservando con prudencia expedientes que han transformado realidades culturales, sociales, económicas, morales y pastorales de una Iglesia profundamente creyente.

Cada registro trazado a lo largo del tiempo, acompañado de una silenciosa y minuciosa arqueología documental, que hemos adelantado durante los últimos dos años y medio, nos ha permitido ordenar los fondos bajo el criterio de periodos arzobispaes y descubrir entre legajos antes dispersos, la huella indeleble de quienes han guiado esta Iglesia en sus distintos momentos.

Es, en esencia, un archivo dinámico que se manifiesta en su consulta para fines civiles, sacramentales, memoria doctrinal, testimonio cultural y evangelizador. Está presente en cada anotación marginal, en cada decreto que impulsa la vida religiosa y social, en la creación de instituciones eclesiales, en sínodos, visitas pastorales y disposiciones litúrgicas.

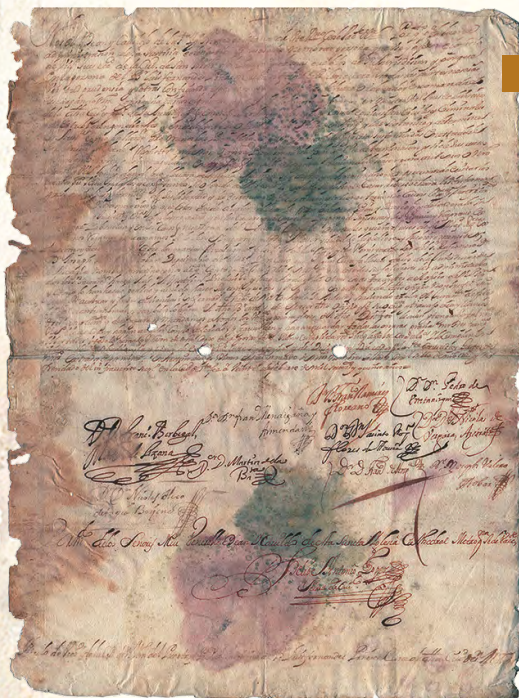
En este acervo, que es fuente primaria de nuestra arquidiócesis, comienza a recobrar vida aquello que parecía dormido entre papeles. La gestión documental se convierte en custodia de tesoros que, lejos de perderse, resurgen con claridad tangible.

La fe se hace documento

El orden y cuidado se entrelazan con el respeto y la custodia, otorgando dignidad a cada pieza, impregnada de la impronta de los cuarenta y seis pastores que han guiado este amplio territorio, que en otro tiempo llegó a extenderse como el propio Virreinato de la Nueva Granada. Desde su origen como Diócesis de Santafé, la Arquidiócesis de Bogotá elevó su voz hasta constituirse en sede metropolitana, corazón eclesial de esta jurisdicción. Más tarde, como Sede Primada de Colombia, su dignidad se hizo memoria de origen y precedencia; y aunque el tiempo fragmentó su geografía, su nombre permanece como signo de primacía y centro espiritual.



Nombramiento de Curato en la ciudad de San Martín del Puerto-Archivo Histórico Arzobispal. 1708.



La Arquidiócesis de Bogotá conserva documentos como ninguna otra institución, es la cuarta más antigua del país (1562), precedida solo por Santa Marta, Cartagena, Pamplona y Popayán. En sus fondos reposan letras desvaídas, apenas legibles bajo el velo de la paleografía; encuadernaciones discretas que guardan silencios densos de historia. Allí emerge la memoria de una Iglesia que, desde Santa Marta, inició su andadura bajo el paso incierto de Rodrigo de Bastidas, mientras Gonzalo Jiménez de Quesada abría caminos hacia un reino aún sin nombre.

Nuestro acervo contiene documentos desde 1585, junto con crónicas aún más antiguas y otras redactadas con posterioridad, como en una carrera de relevos contra el tiempo. Se conservan las erecciones de parroquias históricas como Santa Bárbara y Las Nieves, entre otras. Documentos posteriores dan cuenta del surgimiento de instituciones encaminadas al cuidado de la salud que germina desde la misma arquidiócesis. En 1564, se erigió en Santafé el primer hospital de la ciudad y uno de los primeros del Nuevo Reino de Granada: el Hospital de San José y de Jesús, José y María, fundado por Fray Juan

de los Barrios, primer arzobispo, en terrenos situados a espaldas de la actual Catedral.

De igual modo, la formación sacerdotal encontró su cauce en la fundación del Seminario de San Luis en 1581, por el arzobispo Fray Luis Zapata de Cárdenas, antecedente directo del Colegio de San Bartolomé (1604), y origen de la actual Pontificia Universidad Javeriana, es así, como un secreto rescatado del polvo, la crónica nos invita a regresar a un origen que aún susurra entre sus páginas.

En los anaqueles del Archivo hallamos también revelaciones silenciosas. En 2023, emergió una pieza fechada en 1704: un documento que late con leyes y culpas. Surge la figura de Josepha, mulata libre de Barinas, quien huye cuando la visita eclesiástica dispone su traslado a Mérida por conductas que, según testimonios, perturbaban la moral pública. Entre nombramientos y oficios, la autoridad se teje desde Santafé hacia remotos curatos, como si cada firma ordenara el nuevo mundo.

Otros documentos nos conducen a Monserrate, donde el testamento del padre Soler revela no solo bienes, sino la evocación de un santuario que crece entre piedra y plegaria. Las capellanías, entre tanto, aparecen como tejidos de fe y herencia, permitiendo descifrar un entramado espiritual y económico diseñado para perdurar en el tiempo, asegurando la oración por las almas.

Hemos identificado cartas pastorales, testamentos, decretos y relaciones con el Estado que permiten entrever, con mayor claridad, los desafíos propios de cada época. Entre ellos, resalta de manera particular el caso del arzobispo Manuel José Mosquera, desterrado por el Senado en virtud de una ley sancionada años antes por su propio hermano Tomás Cipriano, cuyas palabras dejan traslucir una tristeza serena, pero también una firmeza, espiritual, inquebrantable. Él mismo lo expresa así:

"(...) Quisiera que mis palabras tuviesen algún valor, y que les dieran alguna fuerza el ardiente deseo de vuestro bien, que me anima desde que me resolví á tomar sobre mis hombros el ministerio pastoral; (...) un ministerio que pide tanta pureza de vida; un ministerio laborioso; en que se necesita caridad universal, fortaleza incontrastable, constancia indefensa y celo ardiente é ilustrado (...) no puedo separar de mi corazón un temor que le penetra hasta el fondo ()"

Estos pasajes de su primera carta pastoral no se pierden hoy en el vacío del tiempo; por el contrario, permanecen como voz viva que, gracias al registro diligente y a la custodia atenta de la arquidiócesis, llega hasta nosotros en fragmentos cargados de sentido. En ellos se reconoce un legado que continúa iluminando la tarea pastoral de seminaristas en formación, diáconos, presbíteros, sacerdotes eméritos, obispos y arzobispos, como eco perdurable de una fe que, aun en la adversidad, no se doblega.

A pesar de las pérdidas sufridas, como el incendio del 9 de abril de 1948, el esplendor de los testimonios documentales permaneció incólume; hoy los custodiamos con esmero, velando porque semejantes pérdidas no vuelvan a repetirse. Lo estamos logrando, mediante la introducción tecnologías digitales, que permiten el acceso y seguridad para la consulta y preservación a largo plazo de todo el patrimonio documental, como herencia y permanencia para las generaciones futuras del clero que resguardará nuestra Santa Iglesia Católica en el territorio.

Nuestro acervo documental histórico- contemporáneo, nos ha permitido conocer historias marcadas por logros tempranos y por la huella significativa que cada sacerdote ha dejado en las comunidades encomendadas por su arzobispo. En ellas descubrimos obras que, con el paso del tiempo y gracias al desprendimiento personal, han dejado una impronta profunda y perdurable, como se expresa en la pluma de San Ireneo de Lyon *“La gloria de Dios es el hombre viviente; y la vida del hombre es la visión de Dios”*.

Entre estos testimonios se destaca el padre Agapito Cabrera Ortiz, quien amó profundamente a las personas privadas de la libertad. Desde su labor pastoral en las penitenciarias de las cárceles Modelo y Distrital, entre las décadas de 1950 y 1970, tejió vínculos de caridad, comprensión y cercanía con quienes necesitaban la luz de Dios. No se conserva imagen fotográfica de su rostro en su historia clerical; sin embargo, perdura una fotografía tomada por él mismo que, de manera elocuente, refleja la mirada compasiva con la que supo acoger a los presos de Bogotá, como si en ese gesto quedara fijada la esencia de su ministerio.

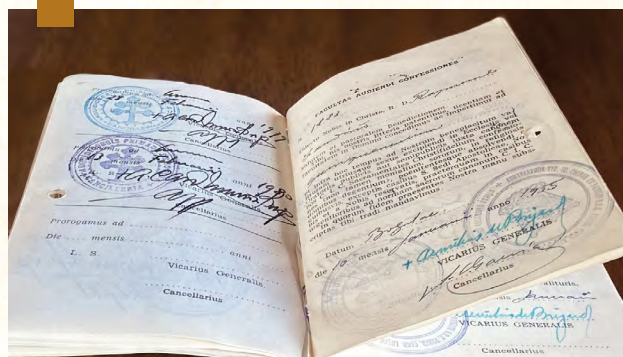
Asimismo, sobresale el padre Luis María Fernández, quien, con gran ímpetu y cercanía hacia los jóvenes, promovió su liderazgo mediante la creación de la Escuela de Líderes, en el marco de la Central de Juventudes, fundada en 1953 y que aún hoy conserva su identidad y misión. Son numerosos los diáconos, presbíteros,

obispos y arzobispos diocesanos, extradiocesanos y religiosos, cuyas historias han sido visibilizadas en el ejercicio de recuperación documental. Estas conforman una serie organizada mediante inventarios, procesos de cambio de unidad de conservación y custodiadas en nuestro archivo histórico, cuya vida y obra preservamos con responsabilidad y respeto, desde nuestro plano terrenal.

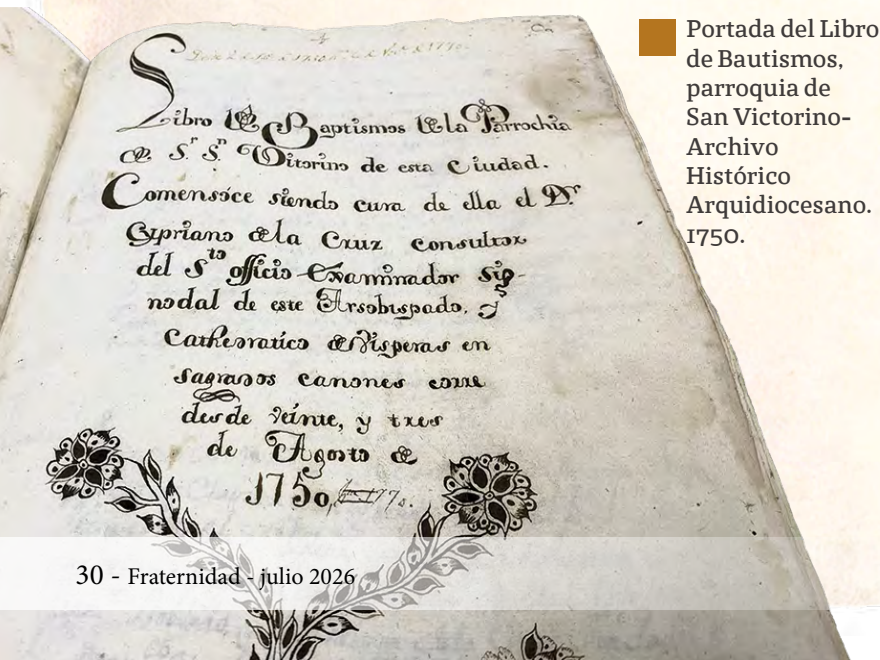
Con el cambio de milenio, la directriz emitida durante el arzobispado de Pedro Rubiano Sáenz, mediante la cual se dispuso la remisión de los libros sacramentales a los depósitos de la Arquidiócesis de Bogotá, estableció los cimientos de una custodia que, a lo largo de más de dos décadas, ha hecho posibles hallazgos de notable relevancia. Entre ellos, el descubrimiento de los llamados “libros padrones de almas”; estos, acertadamente denominados, nos brindan la posibilidad de realizar una retrospectiva sobre la conformación de la comunidad en el momento de la erección de las parroquias.

En sus páginas, que datan principalmente de los siglos XVII al XIX, se registran familias, feligreses, oficios, estados de vida y dinámicas sociales de la época.

Cuadernillo de Licencias Ministeriales- Archivo Histórico Arzobispal. 1955.



Monumento del arzobispo de Bogotá, Venerable Ismael Perdomo, en Gigante Huila- Colección fotográfica Archivo Histórico Arquidiocesano. S. F.



Portada del Libro de Bautismos, parroquia de San Victorino- Archivo Histórico Arquidiocesano. 1750.



Claudia Patricia Romero Velásquez y Ramón García Piment, custodios de la memoria viva y arquitectos del patrimonio documental. Unen su labor para preservar, organizar y proyectar la historia de la Arquidiócesis de Bogotá.

Asimismo, se constituyeron en los censos de su tiempo y cumplieron una importante misión evangelizadora, al permitir a los pastores conocer de cerca a sus comunidades y acompañarlas en su vida sacramental.

En aquellos libros sacramentales, entremezclados con partidas, correspondencia y certificados, se ha hallado el testimonio del surgimiento de las parroquias a través de sus “fábricas”, así como el valor incalculable de nuestros sacerdotes. Ellos, desde poblaciones carentes de las comodidades actuales, abrieron caminos empedrados, levantaron iglesias en medio de la comunidad y promovieron el desarrollo de sus territorios.

Asimismo, contribuyeron a llevar servicios esenciales como el acueducto y la energía. Muchas de estas parroquias y capillas se convirtieron también en refugio para niños desamparados y abandonados, así como espacios de protección para personas acogidas en asilos, evidenciando una labor pastoral profundamente comprometida con el bienestar integral de la comunidad.

Adentrarse en el fondo del archivo histórico arquidiocesano, exige un profundo sentido de consuelo y entendimiento. Supone comprender el entramado de experiencias que condujeron a la toma de decisiones, así como reconocer que cada testimonio se transforma en fe, y que esta, a su vez, se convierte en documento. De este modo, el equipo de gestión y patrimonio documental trabaja, mediante técnicas de organización, con el cuidado que merece cada pieza, tratándola como una joya tallada por manos de orfebre, símbolo de un compromiso profundo.

El camino aún no concluye: apenas se abre en su hondura. Seguimos hallando documentos que creíamos perdidos, historias que no se interrumpen, sino que reclaman ser escritas. Así, página tras página, se continúa tejiendo ese libro de prudencia y sabiduría concedido al clero bogotano, como maná providente para el pueblo de Dios.

La veta se abrió y permitió revelar su contenido

Durante el primer semestre del año 2018, el padre Martín Gil Plata adelantaba labores de investigación en archivos históricos y llamó su atención los cuidadosamente trabajados en el proceso de recuperación y descripción del Colegio Mayor de San Bartolomé, proyecto liderado por el Archivo Histórico Javeriano. Fue allí donde se iluminó el propósito de contar con un archivo histórico que armonizara con los grandes esfuerzos de la Arquidiócesis de Bogotá.

La experiencia de la universidad en estos procesos permitió estructurar una propuesta y conformar el equipo encargado de llevar a cabo esta delicada tarea de orden y archivo. Se requería identificar, seleccionar y organizar cada documento con respeto, cuidado y celo, con el firme propósito de enaltecer su valor patrimonial.

El inicio de este trabajo bajo el acompañamiento y asesoría del padre Martín Gil, no habría sido posible sin el impulso de monseñor Rafael Cotrino, quien alentó su desarrollo en el seno de la Curia Arzobispal. Llegamos a esta misión tras una trayectoria en instituciones dedicadas a la gestión de fondos documentales históricos, como la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad Libre y el Archivo General de la Nación. Esta experiencia nos permitió reconocer, providencialmente, que habíamos sido preparados para asumir la tarea de recuperar y redescubrir la memoria arquidiocesana, como custodios de un legado que reclama ser visibilizado.

La pasión por este trabajo, que no es otra cosa sino llevar un legado hacia el futuro, es también regresar al umbral primero: a esa Galilea donde todo inicia para no perderse y trascender. Así, encontramos orientación en el padre cancellor Hernán Javier Hernández Ruiz, concededor de la tradición canónica que sustenta la fe pública eclesial. Bajo su guía, comprendimos que la custodia, conservación y autenticación de los documentos no solo garantizan su integridad y validez, sino que sostienen, en última instancia, la memoria misma de la Iglesia y el Evangelio encarnado.

Bajo la guía del actual gobierno episcopal del señor cardenal Luis José Rueda Aparicio, la Iglesia logra entrelazar con sabiduría la memoria y el porvenir, haciendo de este tiempo un punto de convergencia donde el pasado no se desvanece, sino que se ordena y renace. Así, el acervo documental arquidiocesano, fortalecido por el rigor histórico- archivístico, está dispuesto a servir al camino venidero de la evangelización. En él, la memoria no permanece como reliquia inerte, sino que se transforma en sustento del impulso misionero, luz que orienta, raíz que sostiene y horizonte que guía el peregrinar de la Iglesia. 

Un templo que nace del corazón creyente de su gente

En el Alto de la Cruz, donde la ciudad parece terminar y comenzar al mismo tiempo, la fe encontró un nuevo modo de hacerse visible. Se fue gestando entre ladrillos, jornadas solidarias, manos anónimas y oraciones persistentes. Hoy tiene nombre propio: parroquia San José Gabriel Brochero (VET Santa Isabel de Hungría), un signo concreto de esperanza en medio de la geografía empinada y desafiante de Ciudad Bolívar.

Allí, en la transversal 22#68K-15 sur, en el barrio Juan José Rondón, lo que antes eran casas adaptadas y espacios adecuados para la vivencia de la fe en comunidad, se transformó en un templo digno.

Donde la fe se volvió acción

La historia de este templo no se entiende sin una consigna que dejó de ser lema para convertirse en impulso real: “¡Porque la fe es acción!”. La III Maratón Solidaria de la Arquidiócesis de Bogotá, realizada en 2023, fue el punto de partida para que este proyecto dejara de ser un anhelo y comenzara a tomar forma.

Pero el dinero, aunque necesario, no cuenta toda la historia. Aquí hubo algo más profundo: una comunidad que decidió creer en medio de las dificultades. Familias que aportaron desde lo poco, benefactores que se sumaron, párrocos que sostuvieron el proceso, anclado al caminar pastoral, en un territorio que, pese a sus fragilidades, nunca perdió la esperanza.

Por la ubicación del terreno, fue necesario excavar profundamente, buscar firmeza en una tierra que no siempre la ofrecía. Esta parroquia, como su gente, tuvo que afirmarse desde lo más hondo.

El padre John Fredy Morales Amaya, párroco en esta comunidad, conoce bien ese territorio. Nacido en Bogotá en 1986 y ordenado sacerdote en 2012, ha recorrido distintos escenarios pastorales antes de llegar aquí. Hoy su misión es clara: acompañar, sostener y seguir construyendo comunidad, más allá de los muros.





Hoy, el edificio de 584 m² se levanta con una estructura sólida: salones parroquiales que respiran vida comunitaria, un templo para la asamblea, espacios para la escucha, la reconciliación y la formación. Desde el semisótano hasta la vivienda del párroco, cada rincón habla de servicio y de permanencia.

Tres sectores, una sola comunidad

La comunidad parroquial que día a día, de la mano de su párroco y de animadores de pastoral se fortalece, es una red viva que articula tres sectores: Alto de la Cruz, Bosques de Madrigal –con la capilla de San José– y Villas de Bolívar –donde se encuentra la capilla del Señor de los Milagros–. Más de 1.600 habitantes encuentran en estos espacios un lugar de acogida y formación en la fe, de acompañamiento en realidades espirituales y humanas.

Consagración y dedicación

El 15 de marzo no fue un domingo cualquiera. Fue el día en que el templo dejó de ser obra para convertirse en casa de Dios. La dedicación estuvo presidida por el cardenal Luis José Rueda Aparicio, junto a los obispos auxiliares Edwin Vanegas y Germán Barbosa; acompañaron sacerdotes y una comunidad que llenó el lugar no solo con su presencia, sino con su historia.

No fue solo un rito. Fue la confirmación de que ese espacio pertenece ahora a Dios y a su pueblo.

Más que un templo, un tejido social

Aquí, la pastoral no es un programa, es una dinámica viva: catequesis, celebraciones, escucha, acompañamiento. Y también organización, encuentro, reconstrucción del tejido social.

Porque en Ciudad Bolívar, levantar un templo es acompañar en la fe al tiempo que se abren posibilidades.

Una obra que continúa

“El templo no está terminado del todo”, advirtió el cardenal Rueda durante la celebración. Y no hablaba solo de lo material. Porque la verdadera obra apenas comienza: la de consolidar una comunidad “con los ojos abiertos a la realidad”.

Esa frase resume el espíritu de este lugar. Una parroquia que no se encierra, que no se limita a sus muros, que entiende que la fe se juega también en la vida cotidiana, en las heridas del barrio, en las historias que aún buscan esperanza.

Es así como en lo alto de la ciudad, donde muchas veces todo parece cuesta arriba, la parroquia San José Gabriel Brochero se levanta como un recordatorio silencioso pero firme: la fe, cuando se hace comunidad, también construye futuro. 

“La esperanza tiene rostro”

En un espíritu de comunión y alegría, el viernes 8 de mayo de 2026 se llevó a cabo el lanzamiento del segundo libro de la periodista Doris Hernández, miembro de la OAC, quien a través del género de la entrevista reunió testimonios de vida donde jóvenes, hombres y mujeres de diferentes edades, religiosas y un sacerdote, compartieron su historia de vida demostrando que la esperanza tiene rostro.

La publicación fue presentada en el marco de una solemne eucaristía en la parroquia Dei Verbum, presidida por el cardenal Luis José Rueda Aparicio, arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, y concelebrada por el párroco padre Héctor Arbeláez; monseñor Jorge Alberto Ayala; los padres Euclides Eslava y Omar Benítez (de la Prelatura del Opus Dei), y el diácono Carlos Andrés Upegui.

Durante la homilía y posterior presentación en el salón parroquial, se resaltó el valor de la comunicación al servicio del Evangelio y la importancia de testimoniar la presencia de Dios en la cotidianidad. El encuentro contó con la presencia de su hijo Pablo Valero, familiares, amigos, compañeros de trabajo, fieles de la parroquia y miembros de la Comunidad del Emmanuel, quienes participaron en un diálogo fraterno sobre la obra.

El cardenal Rueda Aparicio invitó a la comunidad a difundir esta publicación, subrayando que sus páginas son el testimonio vivo de personas testigos de que la esperanza es una realidad concreta que transforma la existencia y que «la esperanza no defrauda nunca».

El libro se encuentra disponible en las librerías de la Editorial San Pablo, a nivel nacional.

Elevamos una oración por los frutos de esta publicación, para que siga llevando luz a sus lectores. 



Desde la Cancillería

COMUNICADO N.º 014/2026

Párrocos

Al reverendo padre **Jorge Raúl González Moreira, S.D.S.**, en la parroquia El Divino Salvador, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Vicarios parroquiales, con facultades generales para presenciar matrimonios en la parroquia para la que han sido nombrados y durante el tiempo que permanezcan en el cargo

Al reverendo **Juan David Zapata Patiño, S.S.S.**, vicario parroquial en la parroquia Corpus Christi, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al reverendo padre **Jesús David Medina Ramírez, C.J.M.**, vicario parroquial en la parroquia Jesús y María, Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Al reverendo **fray Hernando Alfonso Pachón Eugenio, O.P.**, vicario parroquial en la parroquia Nuestra Señora de Chiquinquirá, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al reverendo padre **Wilson Iván Velásquez Ovalles, S.D.S.**, vicario parroquial en la parroquia El Divino Salvador, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al reverendo padre **John Ernesto Beltrán García, S.D.B.**, vicario parroquial en la parroquia El Niño Jesús, Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al reverendo padre **Didier Alberto Londoño Foronda, C.J.M.**, vicario parroquial en la parroquia Nuestra Señora del Monte Carmelo, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

Al reverendo padre **Moisés Roberto Peña Martínez, S.J.**, Vicario parroquial en la parroquia Santa Beatriz, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

Otros

Al señor presbítero **Pablo Enrique Pinzón Pérez**, animador del Equipo Arquidiocesano de Pastoral Sacerdotal.

Al señor presbítero **Cristian Camilo Cruz Castillo**, adscrito en la parroquia La Sagrada Familia, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero **Juan Carlos Bustos Sáenz**, capellán en el Colegio Educativo Sagrada Familia de Nazaret y de la comunidad de las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Ratificar al señor presbítero **Ricardo Alonso Pulido Aguilar**, rector de la Fundación Universitaria Monserrate, para un periodo de cinco (5) años, contados a partir del 29 de marzo de 2026 al 28 de marzo de 2031.

Al señor presbítero **Iván Ramiro Solano Parra**, asesor espiritual del Movimiento Juan XXIII.

Arciprestes

Vicaría Episcopal Territorial La Inmaculada Concepción

Al señor presbítero **José Esteban Fernández**, en el Arciprestazgo I.1.

Al reverendo padre **Giovanni Barrani, F.S.C.B.**, en el Arciprestazgo I.2.

Al señor presbítero **Carlos Tadeo Albarracín Montañez**, en el Arciprestazgo I.3.

Al señor presbítero **Jorge Eliécer Arias Toro**, en el Arciprestazgo I.4.

Al señor presbítero **Jorge Marín García**, en el Arciprestazgo I.5.

Al señor presbítero **Carlos Alberto Calero Vélez**, en el Arciprestazgo I.6.

Al señor presbítero **Julio César Montilla Riveros**, en el Arciprestazgo I.7.

Al reverendo padre **José Robinson Silva Orozco, C.M.**, arcipreste de la Vida Consagrada

Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote

Al señor presbítero **Eduar Hernando Bonilla Arango**, en el Arciprestazgo 2.1.

Al señor presbítero **Marcos Mauricio Cuéllar Díaz**, en el Arciprestazgo 2.2.

Al señor presbítero **Wilsson Javier Ávila Espejo**, en el Arciprestazgo 2.3.

Al señor presbítero **Daniel Rodrigo Bustamante Goyeneche**, en el Arciprestazgo 2.4.

Al señor presbítero **Nelson Ernesto Antolínez Pinto**, en el Arciprestazgo 2.5.

Al señor presbítero **Amadeo Ballester Sanz**, en el Arciprestazgo 2.6.

Al señor presbítero **Angelino Sanjuanés Flórez**, en el Arciprestazgo 2.7.

Al reverendo padre **Víctor Hernán Zuluaga Ramírez, S.S.S.**, arcipreste de la Vida Consagrada.

Vicaría Episcopal Territorial del Espíritu Santo

Al señor presbítero **Uriel Fernando Alonso Rivera**, en el Arciprestazgo 3.1.

Al señor presbítero **Juan Abelardo López Zabala**, en el Arciprestazgo 3.2.

Al señor Presbítero **Roque Jacinto Rodríguez Sierra**, en el Arciprestazgo 3.3.

Al señor presbítero **Héctor Mauricio Chinchía Arias**, en el Arciprestazgo 3.4.

Al señor presbítero **Hernán Eduardo Báez Álvarez**, en el Arciprestazgo 3.5.

Al señor presbítero **Fabio de Jesús Sepúlveda Cardona**, en el Arciprestazgo 3.6.

Al reverendo padre **Darío Antonio Echeverri González, C.M.F.**, en el Arciprestazgo 3.7.

Al reverendo padre **Darwin Edgardo Barraza Hernández, O.M.I.**, arcipreste de la Vida Consagrada.

Vicaría Episcopal Territorial San José

Al señor presbítero **Hernán Humberto Zapata Suaza**, en el Arciprestazgo 4.1.

Al señor presbítero **Raúl Omar Gélvez Ordóñez**, en el Arciprestazgo 4.2.

Al señor presbítero **Lucas Blanch Queral**, en el Arciprestazgo 4.3.

Al señor presbítero **Edgardo Robles Torrecilla**, en el Arciprestazgo 4.4.

Al señor presbítero **Henry Rojas Becerra**, en el Arciprestazgo 4.5.

Al señor presbítero **Edwin Humberto Romero Martínez**, en el Arciprestazgo 4.6.

Al señor presbítero **Luis Alfonso Canedo Restrepo**, en el Arciprestazgo 4.7.

Al señor presbítero **Daniel Fernando Almanza Romero**, arcipreste de la Vida Consagrada.

Vicaría Episcopal Territorial San Pedro

Al señor presbítero **Héctor de Jesús Arbeláez Arenas**, en el Arciprestazgo 5.1.

Al señor presbítero **Porfirio Ramírez Paredes**, en el Arciprestazgo 5.2.

Al señor presbítero **Alessandro Alessi**, en el Arciprestazgo 5.3.

Al señor presbítero **Gonzalo Arias Cárdenas**, en el Arciprestazgo 5.4.

Al reverendo padre **Frank Heider Enciso Serrano, C.S.V.**, en el Arciprestazgo 5.5.

Al reverendo padre **Carlos Andrés Valbuena Corso, C.R.S.**, arcipreste de la Vida Consagrada.

A la reverenda hermana **Blanca Cecilia Cely Ruiz**, animadora de la Vida Consagrada.

Vicaría Episcopal Territorial San Pablo

Al señor presbítero **Carlos Andrés Del Valle Granada**, en el Arciprestazgo 6.1.

Al señor presbítero **Juan Carlos Carballo Pérez**, en el Arciprestazgo 6.2.

Al señor presbítero **Over Rafael Tovar Galindo**, en el Arciprestazgo 6.3.

Al señor presbítero **Edison Alfredo Cadena Bustos**, en el Arciprestazgo 6.4.

Al señor presbítero **Orlando Alfonso Aguilar Barrios**, en el Arciprestazgo 6.5.

Al señor presbítero **Juan Carlos Matiz Matiz**, en el Arciprestazgo 6.6.

Al señor presbítero **Marti Colom Marti**, arcipreste de la Vida Consagrada.

Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso

Al reverendo padre **Nicolás Otero Rubiano, C.J.M.**, en el Arciprestazgo 7.1.

Al señor presbítero **César Augusto Baracaldo Vega**, en el Arciprestazgo 7.2.

Al señor presbítero **Gabriel Londoño Sepúlveda**, en el Arciprestazgo 7.3.

Al señor presbítero **Carlos Santiago Granados Rocha**, en el Arciprestazgo 7.4.

Al señor presbítero **Víctor Hugo Claros Ocampo**, en el Arciprestazgo 7.5.

Al señor presbítero **Pablo José Tovar Arias**, en el Arciprestazgo 7.6.

Al reverendo padre **John Jairo Pino Berdugo, O.M.D.**, arcipreste de la Vida Consagrada.

Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría

Al señor presbítero **Mauricio Herrada Mazo**, en el Arciprestazgo 8.1.

Al señor presbítero **Paulo Andrés González Londoño**, en el Arciprestazgo 8.2.

Al señor presbítero **Edison Fabiany Buitrago Bautista**, en el Arciprestazgo 8.3.

Al señor presbítero **John Fredy Morales Amaya**, en el Arciprestazgo 8.4.

Al señor presbítero **Jefferson Echeverry Giraldo**, en el Arciprestazgo 8.5.

Al señor presbítero **Silvio Alejandro Pabón Rubio**, en el Arciprestazgo 8.6.

Al señor presbítero **José Antonio Zapata Nole**, arcipreste para la Vida Consagrada

Diáconos permanentes

Al diácono permanente **José Abelardo Flórez Ángel**, adscrito en la parroquia El Señor de las Bienaventuranzas, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Admisión Sagrado Orden en el grado de Diácono – Seminario Misionero Arquidiocesano Redemptoris Mater

Al ministro acólito **Kevin Urmendis Gil**, para el servicio de la Arquidiócesis de Bogotá.

Admisión Sagrado Orden en el grado de Diácono – Seminario de la Fraternidad Sacerdotal San Juan de Ávila

A los ministros acólitos **Juan Ignacio Valencia Robles, Andy Joel Suárez Delgado**, y **Carlos Luis Oñate Martínez**, incardinados en la Arquidiócesis de Bogotá, al servicio de la Fraternidad Sacerdotal San Juan de Ávila.

Licencias

Renovar la debida licencia por un (1) año para que, en la **capilla de la Hacienda Común y Silvestre**, ubicada en la calle 247 #8-14 sector Torca, jurisdicción de la parroquia San Luis de Tolosa, se

celebre el sacramento del matrimonio exclusivamente para el culto católico, sin embargo, en esta capilla no se autoriza la celebración de los demás sacramentos.

Renovar la debida licencia por tres (3) años para que, en el oratorio de la **casa pastoral de la Asociación Privada de Fieles Hijas del Amor del Niño Jesús de Praga**, ubicada en la calle 176 #54-28 de Bogotá, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro, se mantenga la Reserva del Santísimo Sacramento, sin embargo, en este oratorio no se autoriza la celebración de los demás sacramentos y no habrá culto público, sino exclusivamente privado.

Renovar la debida licencia por un (1) año para que, en la **capilla de los Santos Apóstoles del Gimnasio Moderno de Bogotá**, ubicado en la carrera 9 #7-99, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote, se mantenga la Reserva del Santísimo Sacramento y la celebración del sacramento del matrimonio con delegación de la Parroquia Nuestra Señora de los Ángeles – La Porciúncula; sin embargo, en esta capilla no se autoriza la celebración de los demás sacramentos y no habrá culto público, sino exclusivamente privado.

Renovar la licencia por tres (3) años para que, en la **capilla principal y en el oratorio del tercer piso de la Congregación de la Fraternidad Sacerdotal**, ubicada en la carrera 49A #93-98 barrio la Castellana, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote, se mantenga la Reserva del Santísimo Sacramento, sin embargo, en esta Capilla no se autoriza la celebración de los demás sacramentos y no habrá culto público, sino exclusivamente privado.

Conceder la licencia por un (1) año para que, en la **capilla Nuestra Señora del Recuerdo de la Fundación Colegio Celia Duque Jaramillo – Colegio Nuevo Gimnasio de Bogotá**, ubicado en la calle 81 #11-71, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote, se mantenga la Reserva del Santísimo Sacramento, sin embargo, en esta capilla no habrá culto público sino privado.

Bogotá D.C., 14 de mayo de 2026 

EN IMÁGENES

Parroquia Santa Beatriz

Cra. 15 #119-02, Bogotá

Contacto: 310 221 7016

Correo: psantabeatriz@arquibogota.org.co

VET Padre Misericordioso



Fotografías: Mauricio Villamizar

ECOS DE FRATERNIDAD

Apreciado lector:

Envíenos sus comentarios sobre esta edición, opine sobre un artículo o proponga temas que le gustaría ver publicados.

Continuemos construyendo una revista que refleje la vida y los desafíos de nuestra Iglesia arquidiocesana.

Email: Fraternidad@arquibogota.org.co

Monseñor Mauricio Urbina Villamil:

Reciba un cordial y fraterno saludo en el Señor.

Deseo expresarle mi más sincero agradecimiento por el envío del más reciente ejemplar de la revista *Fraternidad*.

He recibido con especial aprecio esta valiosa publicación, que se convierte en un signo elocuente de comunión eclesial y de compromiso con la misión evangelizadora de nuestra Iglesia.

Sus páginas, impregnadas de fe, esperanza y caridad, edifican el espíritu y fortalecen el camino pastoral, recordándonos que, como bien lo expresa la enseñanza de papa Francisco, Cristo es la luz que ilumina nuestras realidades y renueva nuestra esperanza.

Agradezco profundamente este gesto de cercanía y fraternidad, que anima nuestra labor al servicio del Pueblo de Dios. Elevo mi oración para que el Señor continúe bendiciendo abundantemente su ministerio.

En Cristo y María Santísima,

Monseñor José Roberto Ospina Leongómez
Obispado Castrense de Colombia

Estimado monseñor Mauricio:

¡Buenos días!

He recibido con especial sorpresa y alegría la revista *Fraternidad* que usted ha tenido a bien enviarme.

Muchas gracias por su deferencia para conmigo. Deseo que el Buen Pastor lo siga acompañando en su misión evangelizadora.

Además, entregaremos la revista que le ha enviado a monseñor Francisco Múnera, aprovechando la reunión presencial de la Presidencia CEC.

Cordialmente,

Raúl Ortiz Toro, pbro.
Secretario adjunto, Conferencia Episcopal de Colombia

Señor director:

Agradezco el envío de la revista *Fraternidad*. He encontrado siempre una oportunidad para enterarme de la multiplicidad y valiosa acción pastoral que la iglesia arquidiocesana desarrolla con tanto dinamismo en nuestra ciudad tan compleja y diversa.

Su contenido es un gran instrumento para nuestro diario quehacer ministerial.

Mi felicitación para su gestión como también para todos sus colaboradores.

Monseñor Jorge Alberto Ayala López
Canónigo de la Catedral Primada

"El corazón de María

nos une más íntimamente al corazón de Cristo, que transforma,
unifica y sana nuestro corazón herido"

Monseñor Francisco Javier Múnera Correa, arzobispo de Cartagena
y presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia



Renovación de la consagración de Colombia al Inmaculado Corazón de María

13 de mayo de 2026